

Entre canoas y caminos: relatos de Sabana y ribera en Magangué

aprender con el río,
aprender con la Sabana

Barranca yuca, Piñalito, La ventura
Tacasaluma y Tres puntas



Editorial
CICI

CENTRO DE INVESTIGACIONES
Y CAPACITACIONES INTERDISCIPLINARES

ISBN 978-628-97217-4-4

Entre canoas y caminos: relatos de sabana y ribera en Magangué

*Aprender con el río, aprender con la sabana — Barranco de Yuca,
Piñalito, La Ventura, Tacasaluma y Tres Puntas*

Este libro es producto del grupo de investigación de la Institución Educativa Técnica
Agropecuaria Santa Bárbara

Editor: Alain Fitzgerald Castro Alfaro

Autores

Dr. Leonardo Alberto Mauris De la ossa

Dra. Heidis Beatriz Padilla Domínguez

Dr. Edilberto Enrique Morales Navarro

Mag. Marqueza Fuentes Lastre

Colaboradores:

Mag. Irlena Esther Bohórquez Acosta

Esp. Elsy Vergara Gamarra

Semillero de Investigación:

Elian José Corcho Montes

Mateo de Jesús Saavedra Posada

Camilo Salcedo Hernandez

Carlos Daniel Morales Santos

Melany Meza Jiménez

Danna María Paternina Ramírez

ISBN Versión Digital: 978-628-97217-4-4

Sello Editorial:

Editorial Centro de Investigaciones y Capacitaciones Interdisciplinarias SAS – CICI

Coordinadora editorial: Nora González Pérez - Cartagena –Colombia

Diagramación: Alain Castro González

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons – Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional

https://co.creativecommons.org/?page_id=13



Cartagena –Colombia, Octubre 2025

Presentación

Este libro llega a nuestras manos como se llega al río al amanecer: con respeto. Lo recibo, en nombre del sector educativo de Magangué, como una invitación a mirar de nuevo lo que somos y cómo aprendemos en este territorio donde el agua y la sabana marcan el ritmo de la vida. No es un manual ni una lista de instrucciones; es un gesto de reconocimiento. Reconoce la inteligencia con la que nuestras comunidades han sabido habitar la ribera y el interior, y ofrece un lenguaje común para conversar sobre educación sin desatender la memoria que nos sostiene.

Lo que más valoro es su capacidad para nombrar con serenidad lo que a veces se confunde. En estas páginas, la ribera y la sabana no son metáforas, sino contextos con historia, afectos y oficios propios. Piñalito y Tacasaluma, con su vínculo cotidiano con el agua; Tres Puntas, La Aventura y Barranco de Yuca, con su horizonte de caminos y cosechas: el libro los reúne sin uniformarlos, y nos recuerda que la pertinencia educativa empieza por reconocer las diferencias y tratarlas con dignidad. No viene a decir qué hacer en cada aula ni a fijar calendarios; propone, más bien, una forma de mirar que permite que cada comunidad encuentre, con sus palabras, su modo de aprender y enseñar.

También agradezco el tono. Hay rigor en la investigación, pero hay sobre todo escucha. La escuela aparece aquí como lugar de encuentro con el territorio, y el territorio como una gran aula pública donde la experiencia de las familias, las músicas, las cocinas y los oficios dialoga sin estridencias con el saber académico. Esa conversación, que el libro cuida y ordena, es la que le da profundidad y futuro a nuestra educación: no sustituye lo que ya sabemos, lo ilumina; no reduce la diversidad a un esquema, la hace visible y valiosa.

Este volumen será útil porque acompaña, no impone. Acompaña a los equipos directivos cuando piensan sus proyectos institucionales con raíces locales; acompaña a los docentes cuando buscan sentidos cercanos para sus clases; acompaña a las bibliotecas, casas de cultura y organizaciones comunitarias que sostienen la vida cotidiana de los

corregimientos. Y acompaña, sobre todo, a niñas, niños y jóvenes, ofreciéndoles un espejo donde reconocerse herederos de una tradición capaz de convertir los ciclos del río y de la sabana en aprendizaje y ciudadanía.

Como Secretario de Educación, me honra respaldarlo y celebrarlo. Sé que servirá para abrir conversaciones prudentes y fecundas entre escuela, familias y administración; para que las decisiones educativas se tomen con memoria, y para que el orgullo por nuestra tierra se traduzca en oportunidades de formación que respeten tiempos, paisajes y voces. Ese es, al final, el valor más hondo de este libro: recordarnos que la calidad también se mide en la fidelidad con que la escuela mira su entorno, y en la delicadeza con que lo convierte en horizonte común.

A quienes lo hicieron posible —autores, editores y comunidades que compartieron su experiencia—, gracias por tender este puente. A quienes lo leerán, una invitación sencilla: déjense acompañar por estas páginas. Llévenlas a la escuela, a la biblioteca, al parque del barrio, a la orilla del caño. Permitan que este texto, sin prisa y sin recetas, nos ayude a mantener viva la conversación que Magangué necesita para seguir aprendiendo con el río y con la sabana.

Leonardo Carcamo Vega

Secretario de Educación Municipal de Magangué

Introducción

El hilo conductor de este libro es sencillo y potente: leer a Magangué y a sus corregimientos como una “ciudad anfibia”, donde la vida pública, la economía y la escuela se sincronizan con el pulso del agua. Comprender esa condición —un ensamblaje de técnicas, reglas y afectos para habitar entre tierra y río— permite ver el urbanismo no solo como traza, sino como coreografía que cambia con crecientes y vaciantes; así se reacomodan horarios de mercados, usos escolares y rituales colectivos.

En este marco, el volumen dialoga con tres tradiciones: la historia regional del Caribe interior, la economía territorial de ciudades intermedias y la geografía ambiental de humedales. De esa triple lente emergen las preguntas que ordenan el recorrido: ¿cómo se tradujo el río en instituciones y oficios?, ¿qué repertorios culturales sostienen la cooperación?, ¿qué lugar tiene el currículo patrimonial en la reducción de riesgos y en la formación ciudadana? Metodológicamente, los capítulos triangulan archivos, prensa, bibliografía académica y testimonios de portadores culturales, privilegiando escenas concretas —el muelle al amanecer, la feria, la cocina de temporada— como ventanas analíticas.

Estructura del libro

El libro se abre con una lectura general de Magangué —la “perla del Magdalena”— que propone una periodización flexible (orígenes y colonia; modernidad portuaria decimonónica; reconfiguraciones del siglo XX) y muestra cómo la Depresión Momposina convierte al humedal en infraestructura natural y aula pública. Este capítulo de apertura apuesta por integrar sostenibilidad ambiental, conectividad logística y pedagogía patrimonial como ejes de política local.

A continuación, la obra se adentra en estudios de caso que revelan la diversidad interna del territorio: Barranca de Yuca y la escuela levantada a pulso por la comunidad; Piñalito, asentado en la margen de un playón con su economía anfibia entre pesca y agricultura estacional; Tacasaluma también ribereña, donde la navegación menor y la ronda hídrica

ordenan oficios y cuidados; Tres Puntas, en sabana, con sus caminos estacionales y la organización del calendario escolar; San Antoñito, igualmente en sabana, y La Ventura, marcada por la tierra compartida y el trabajo colectivo.

Dos capítulos merecen mención especial por lo que enseñan sobre la gobernanza del territorio: el de Tacasaluma ofrece una cartografía minuciosa de la vida en la orilla —señalización y seguridad náutica, oficios de la pesca, embarcaderos de pequeña escala, cadenas de frío— y propone cómo traducir esos aprendizajes en currículo y política pública; el de Tres Puntas, por su parte, muestra la inteligencia de la sabana —rutas y tiempos de acceso a servicios, agricultura de vega, acuerdos comunitarios para la continuidad escolar— y dibuja soluciones concretas que dialogan con la planeación municipal.

En términos pedagógicos, el libro sugiere diseños situados que nacen de estos casos. En Tacasaluma, proyectos de aula sobre lectura de niveles del río, seguridad en canoas y cocina de temporada fortalecen ciencia y ciudadanía. En Tres Puntas, cartografías de caminos y drenajes, registros de cosecha y crónica barrial ayudan a planear movilidad escolar y a cuidar la sabana. Son ejemplos de cómo la escuela se convierte en infraestructura cívica cuando se alinea con el territorio.

Aportes y uso del libro

El aporte disciplinar es doble. A la historia regional del Caribe interior, el libro ofrece argumentos que integran ecología y economía; a los estudios de educación, entrega diseños curriculares situados —ciencia ciudadana del río, cartografías comunitarias, cocina de temporada, músicas de banda— para fortalecer aprendizajes y prevención. No es un recetario, sino un conjunto de claves para articular investigación local con decisiones municipales y traducir la memoria del agua en hábitos y reglas compartidas.

Una ética de la escucha

La introducción propone una posición ética: escuchar antes de prescribir. La historia local no es inventario de carencias, sino repertorio de estrategias —unas exitosas, otras fallidas— que pueden dialogar con la administración y la escuela. Por eso, el libro

concluye llamando a políticas del agua que sean, también, pedagogías de la memoria: integrar sostenibilidad, conectividad y cultura para un futuro compartido.

En suma, este libro ofrece una promesa y un método. La promesa: que una ciudad puede educarse en el agua y desde el agua; el método: sentipensar con la gente y con los datos, con las mareas largas de la historia y los detalles mínimos del oficio. De ese modo, Magangué y sus corregimientos se reconocen no solo en la nostalgia del puerto, sino en la capacidad de convertir la variabilidad hidrológica en oportunidad cultural y educativa.

Prólogo

Como alcalde de Magangué, acompaño con orgullo este libro que recoge la memoria viva de nuestra gente y la traduce en horizonte compartido. Magangué ha aprendido a habitar en el agua sin renunciar a la tierra: somos una ciudad anfibia que decide con el pulso del río y con la firmeza de la sabana. Este volumen demuestra que la historia local no es solo recuerdo: es una agenda de futuro que podemos convertir en política pública y en hábitos ciudadanos.

El libro conversa con las apuestas de nuestro Plan Municipal de Desarrollo (Acuerdo 019 de 2024): educación pertinente, protección de humedales y orillas, reactivación económica con empleo digno, movilidad segura y multimodal, cultura y patrimonio como base de ciudadanía, y transparencia como regla de gobierno. No son discursos paralelos: la noción de ciudad anfibia —mirar, decidir y enseñar con el agua— coincide con lo que ya estamos impulsando desde la administración.

Quiero subrayar una diferencia territorial que aquí se reconoce con respeto. Barranco de Yuca, La Ventura, San Antoñito y Tres Puntas son comunidades de sabana: se organizan en función de caminos estacionales, cosechas y distancias; su vínculo con el río es indirecto, pero decisivo para mercados, salud y educación. En cambio, Piñalito y Tacasaluma se asientan en las márgenes de grandes cuerpos cenagosos: allí la pesca, la navegación menor y la ronda hídrica ordenan oficios, calendarios y cuidados. Esta diversidad exige soluciones diferenciadas y complementarias, que el libro ilustra con escenas, datos y propuestas.

Las páginas de este libro muestran, con nombres propios, cómo se construye comunidad: Barranca de Yuca y su escuela levantada a pulso y la dignidad de la tierra compartida; las redes educativas rurales que, con maestras y maestros comprometidos, convierten caños y caminos en aulas públicas. Nuestro enfoque es sencillo: las soluciones funcionan cuando nacen del territorio y se sostienen con alianzas entre comunidad, instituciones y sector productivo.

Por eso proponemos una gramática de gobierno coherente con nuestra condición anfibia: abrir espacio para el agua, cuidar la ronda, restaurar caños, señalizar rutas, organizar embarcaderos de pequeña escala y articular inteligentemente lo fluvial con lo vial. Y, al mismo tiempo, enseñar a leer niveles, a cooperar en creciente, a decidir con información y con memoria. Este libro es una caja de herramientas que acerca la política pública a la vida cotidiana y ofrece insumos concretos para escuelas, bibliotecas y juntas de acción comunal.

No desconocemos los desafíos: presión sobre humedales, barrios vulnerables en zonas bajas, informalidad que precariza oficios, déficits en infraestructura educativa y cultural. Pero precisamente por eso estas páginas importan. Nos ayudan a priorizar e invertir donde el retorno social es mayor: agua segura, movilidad asequible, educación pertinente y cultura viva. Asumimos el compromiso de medir lo que cuenta, con metas verificables y veeduría ciudadana.

Invito a leer este libro como se lee el río y la sabana: con atención a los detalles, con respeto por los tiempos, con la certeza de que nadie se queda atrás. A las y los autores, gracias por el rigor y la escucha. A la ciudadanía, le propongo un pacto de trabajo: del aula a la orilla, del recuerdo a la regla, del proyecto al hábito. Si sostenemos esa disciplina, la ciudad que soñamos —más justa, más segura, más culta y más próspera— dejará de ser promesa y se volverá costumbre.

Magangué tiene la fuerza para lograrlo. Aquí el río y la sabana no nos separan: nos enseñan. Y si aprendemos con ellos, nuestras decisiones, como el agua bien conducida y el camino bien trazado, encontrarán su cauce.

Pedro Manuel Alí Alí

Alcalde de Magangué

Contenido

I.	MAGANGUÉ: LA PERLA DEL RÍO MAGDALENA	13
II.	CORREGIMIENTO DE BARRANCA DE YUCA.....	33
III.	CORREGIMIENTO DE PIÑALITO	49
IV.	CORREGIMIENTO DE LA VENTURA	60
V.	TACASALUMA	74
VI.	CORREGIMIENTO DE TRES PUNTAS	82

Capítulo I

MAGANGUÉ: LA PERLA DEL RÍO MAGDALENA

I. MAGANGUÉ: LA PERLA DEL RÍO MAGDALENA

*"El Caribe es una biografía de corrientes." — Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*.*

"Sentipensar es conocer con el corazón y la razón." — Orlando Fals Borda.

"Las aguas guardan la memoria de los pueblos." — Manuel Zapata Olivella.

El río Magdalena llega a Magangué como una respiración ancha y lenta, que se abre en brazos, caños y ciénagas para enseñarle a la tierra el arte de vivir con el agua. De esa pulsación nacen oficios, mercados y afectos que han hecho de la ciudad un territorio anfibio: puerto y escuela, devoción y comercio, memoria y porvenir. Aquí, donde el Caribe se vuelve interior y la mar se transforma en marisma, la vida se teje al ritmo de la creciente, y cada canoa, cada plaza y cada palabra del río revelan una pedagogía de convivencia con la incertidumbre y la abundancia de sus aguas.

1. Introducción: historia local, identidad y educación patrimonial

Este capítulo se propone leer a Magangué como un caso de estudio para la historia regional del Caribe colombiano. La hipótesis central sostiene que la 'condición anfibia' —vivir entre agua y tierra— no solo define un ambiente físico, sino una cultura cívica y un repertorio educativo. En consecuencia, las fuentes se examinan con doble lente: como registro de hechos y como memoria de prácticas (Arciniegas, 1975; Fals Borda, 2015).

El marco conceptual combina historia social, economía regional y geografía ambiental. De Arciniegas tomamos la idea del Caribe como una fuerza histórica expansiva; de los estudios del Banco de la República, la función articuladora de las ciudades intermedias; y de Fals Borda, la metodología participativa que valora el saber local (Bonet, Pérez & Meisel, 2007; Fals Borda, 2016).

La periodización utilizada distingue tres momentos: orígenes prehispánicos y fundación colonial; modernidad portuaria del siglo XIX; y reconfiguraciones del siglo XX con el ascenso de la red vial. Cada periodo se analiza en clave de conectividad fluvial,

organización del trabajo y formas de aprender que sostienen la vida ribereña (Álvarez Jiménez, 2020). En el terreno metodológico, se triangulan archivos, prensa, bibliografía académica y testimonios de portadores culturales. El objetivo no es reconstruir una crónica exhaustiva, sino ofrecer argumentos sólidos para políticas de educación patrimonial, gestión de riesgo y planificación urbana en ciudades anfibias.

Magangué, por su posición en la Depresión Momposina, permite observar cómo un humedal a gran escala se convierte en infraestructura natural de la economía y en aula pública. Esta perspectiva se distancia de narrativas que reducen el río a 'vía de transporte' y lo sitúa como sistema ecológico y simbólico que organiza la vida. Es así como el capítulo está escrito en tono académico, pero intenta preservar la textura del habla ribereña: allí donde se pueda, el análisis se apoya en escenas concretas —el muelle al amanecer, la feria, la cocina de temporada— para mostrar cómo la educación y el patrimonio operan en lo cotidiano.

Antes de entrar en los detalles del capítulo; definimos 'ciudad anfibia' como un ensamblaje de técnicas, reglas y afectos para habitar el agua. La noción permite pensar el urbanismo no solo como traza, sino como coreografía de desplazamientos que varía con el nivel del río. Así, escuelas, mercados y templos reacomodan horarios y usos según la temporada.

Ahora bien, en el marco de este libro la contribución disciplinar del capítulo es doble: en primer lugar, a la historia regional, al proponer una lectura que integra ecología y economía; y, en segundo lugar, a los estudios de educación, al mostrar cómo la escuela puede incorporar repertorios locales sin folclorizar. Este diálogo teórico-práctico se ilustra con escenas y propuestas didácticas. Es así como se formulan tres preguntas de investigación: ¿cómo se ha traducido el pulso del río en instituciones y oficios?, ¿qué repertorios culturales sostienen la cooperación?, ¿qué papel pueden jugar currículos patrimoniales en la reducción de riesgos? La argumentación se organiza para responderlas con evidencia.

Por otra parte, En términos de alcance, se advierten límites: no se reemplaza trabajo archivístico exhaustivo ni estudios hidrológicos de detalle. En cambio, se proporcionan claves para articular esas agendas con políticas públicas locales, evitando recetas universales. Por tanto, el capítulo dialoga con debates latinoamericanos sobre historia ambiental y 'ecologías políticas' del agua, pero aterriza sus implicaciones a escala municipal: presupuestos, gobernanza, formación docente y participación.

En esta lógica, se propone el uso del texto en general, y de este capítulo en particular, como insumo para talleres con docentes y líderes comunitarios, con ejercicios de lectura del territorio y diseño de proyectos de aula que vinculen ciencias naturales, lengua y artes con la vida del río.

Finalmente, la introducción precisa una posición ética: escuchar antes de prescribir. La historia local no es un inventario de carencias que espera intervención externa; es un conjunto de estrategias, algunas exitosas y otras no, que pueden dialogar con la política pública. Este texto, por tanto, busca ser una invitación a la cooperación entre saberes —el de la ribera y el de la oficina— para que Magangué pueda decidir, con información y memoria, el tipo de ciudad anfibia que quiere ser (Rappaport, 2015).

Como guía de lectura, conviene recordar que cada sección dialoga con las otras: el contexto geohistórico explica por qué ciertas prácticas patrimoniales adquieren sentido; las trayectorias del siglo XIX iluminan el papel de la escuela como engranaje ciudadano; y las propuestas de economía del agua se sostienen en evidencias trazadas por la metodología. Esta composición en espiral, que vuelve sobre motivos —el pulso hídrico, la cooperación, la hospitalidad— desde escalas distintas, permite captar que 'la ciudad anfibia' es más que imagen: es método para mirar, decidir y enseñar.

2. Contexto geohistórico: Depresión Momposina y ecologías del agua

Ubicada en la planicie aluvial del bajo Magdalena, la Depresión Momposina conforma un sistema de humedales interconectados que amortiguan inundaciones, retienen aguas en sequías y sostienen medios de vida ribereños (IDEAM, 2010;

SEI/TNC/USAID, 2016). En este paisaje, Magangué participa de una ecología social que articula movilidad fluvial, pesca, agricultura de vega y comercio estacional; una geografía que es también un repertorio de saberes prácticos y de organización comunitaria. La literatura histórica ha llamado a sus habitantes 'hombres anfibios', por su tránsito entre tierra y agua, noción que Orlando Fals Borda situó como clave para comprender las sociabilidades y economías de la región (Rappaport, 2015).

Es así como Magangué se inserta en la Depresión Momposina, llanura aluvial donde confluyen los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge. El entramado de caños, madrevejas y ciénagas funciona como una esponja hídrica que amortigua crecientes y alimenta la pesca. Las familias estructuran su trabajo y movilidad en función de esos pulsos estacionales (IDEAM, 2010). Igualmente, las variaciones del régimen hidrológico —sedimentación, cambios en barras y brazos— abren y cierran rutas de navegación. Esta historicidad del agua reconfigura precios, mercados y tiempos de viaje. Por eso la geografía del río es también una geografía del comercio.

Esta dinámica ha producido que la ecología de humedales produzca saberes técnicos: lectura de vientos, calendarios de pesca, manejo de artes y seguridad náutica. Estos conocimientos comunitarios han permitido convivir con la variabilidad del agua; sin embargo, han sido poco sistematizados y valorados por las nuevas generaciones riverenas. Por tanto, deberían integrarse a currículos escolares (McRae, 2015). Un ejemplo de ello podría ser el diseño de cartografía comunitaria de humedales que permita poner en el mapa los saberes locales: nombres de caños, pasos seguros, sitios de pesca, áreas de riesgo. Estos mapas enriquecen los catastros y sirven para priorizar inversiones.

Por otra parte, en términos ambientales, la Depresión Momposina es un corredor de biodiversidad. Su degradación por ocupación, contaminación o desconexión hídrica reduce productividad pesquera y aumenta riesgos de inundación. Proteger humedales es también proteger cultura. En la escala urbana, el borde de agua condiciona trazas, barrios y equipamientos. La ciudad necesita pactar con el río: dejar espacio para

desbordes, priorizar infraestructura verde y entender la orilla como patrimonio paisajístico y educativo. De acuerdo con lo anterior, la planeación futura exige datos y acuerdos. Entre ellos, monitoreo de niveles, protocolos de navegación y coordinación interinstitucional. Nada de esto tiene sentido si no conversa con asociaciones de pescadores, juntas de barrio y escuelas (Bonet, Pérez & Meisel, 2007).

Se debe tener en cuenta que la Depresión Momposina puede describirse en unidades morfológicas: albardones, planicies de inundación, cauces activos y relictos de ciénaga. Cada unidad condiciona usos del suelo y riesgos: mientras los albardones ofrecen suelos mejor drenados, las planicies favorecen cultivos de vega y pesca. Igualmente, los eventos ENSO — por sus siglas en inglés *El Niño–Southern Oscillation*— alteran el pulso de crecientes y vaciantes con efectos en pesca, transporte y salud pública. Integrar estos ciclos climáticos al calendario escolar ayuda a planear actividades de campo y protocolos de seguridad para salidas a la orilla.

Igualmente, se debe tener en cuenta que la conectividad hídrica entre caños y ciénagas es clave para reproducción de peces y para la calidad del agua. Pequeñas obstrucciones antrópicas pueden tener efectos acumulativos. En salud, por ejemplo, la estacionalidad incide en enfermedades transmitidas por agua y vectores. La educación ambiental —tratamiento seguro de agua, manejo de residuos, control de criaderos— se convierte en política de prevención y en contenido curricular y las juntas de acción comunal son aliadas estratégicas para vigilar y corregir bloqueos.

La Depresión Momposina opera como regulador hídrico de gran escala. Cuando el Magdalena sube, el agua desborda por caños y planicies; cuando baja, el sistema devuelve lentamente los excedentes. Ese ‘retardo’ natural reduce picos de inundación y crea hábitats temporales de altísimo valor ecológico. En Magangué, la vida cotidiana se ha ajustado a ese metrónomo. Las jornadas de pesca, la llegada de mercancías y hasta la disposición de desechos se programan con el nivel del río. La planeación municipal que incorpora esa temporalidad —por ejemplo, ajustando barridos, horarios de carga y rutas escolares— tiende a ser más eficiente y menos costosa (IDEAM, 2010). Esta lógica se ve

reflejada en que las familias ribereñas han desarrollado indicadores caseros para anticipar cambios: la altura de una marca en el muelle, el color del agua, el comportamiento de ciertas aves.

No obstante, la amenaza del control antrópico del río —obras, dragados, presas aguas arriba— ha introducido nuevas incertidumbres. A escala local, pequeñas intervenciones acumuladas, como rellenos de orilla o cierres de caños, pueden tener efectos desproporcionados sobre navegación y pesca. El principio de precaución sugiere privilegiar soluciones reversibles y evaluar impactos con métodos simples pero sistemáticos. La participación temprana de comunidades evita conflictos y mejora la calidad de las obras, al aportar conocimiento puntual de flujos y fondos.

Por último, pensar el paisaje como patrimonio vivo implica valorar su estética, no como lujo, sino como parte de la salud pública. Una orilla sombreada por árboles reduce temperaturas extremas, amortigua ruidos, protege suelos y ofrece espacios de encuentro. La belleza del borde del agua —sus luces, sus vientos— no es un capricho: es un servicio ecosistémico que cuida el ánimo colectivo y refuerza el vínculo con el territorio.

Un corolario práctico del ‘pulso de inundación’ es el calendario compartido de cuidados: quién limpia qué tramo de caño, cuándo se revisan balizas, cómo se organiza la recolección de residuos en creciente, qué protocolos siguen las escuelas para suspender salidas si el nivel sube. Al escribirlos y ensayar microacuerdos, la ciudad convierte el conocimiento disperso en regla clara y verificable, con responsables y tiempos. El paisaje se gobierna con pequeñas rutinas que, sumadas, hacen resiliencia.

Una estrategia de adaptación basada en naturaleza puede incluir viveros comunitarios de especies ribereñas para reforestar bordes y caños, senderos elevados que permitan tránsito durante crecientes y aulas al aire libre en sombra densa. Estos proyectos, liderados por escuelas y juntas, generan empleo local, cuidan el paisaje y funcionan como espacios de aprendizaje continuo. La clave es planear mantenimiento —

riego, poda, reposición— y anclarlo a calendarios escolares y festivos, de modo que el cuidado se vuelva rito anual.

3. Orígenes prehispánicos y fundación colonial: debates y continuidades

Las fuentes señalan que mucho tiempo antes de la conquista, grupos asociados a familias caribes y comunidades zenúes habitaron el sistema de humedales, con ingeniería de canales y camellones adaptada a estiajes e inundaciones. Estos paisajes hidráulicos heredados explican la plasticidad con la que se organizó el poblamiento posterior: Restos cerámicos, toponimias y tradiciones orales remiten a asentamientos dispersos en terrazas y orillas. No obstante, la tradición atribuye a Diego de Carvajal una fundación en 1610; sin embargo, padrones, visitas eclesiásticas y notariales sugieren un proceso de poblamiento discontinuo, con traslados y 'refundaciones' que siguieron la lógica de accesos navegables y mercados de agua (véase discusión en Bonet et al., 2007; archivos parroquiales y notariales regionales).

La reorganización territorial de fines del XVIII bajo Antonio de la Torre y Miranda se asocia a una nueva traza y advocación religiosa, Nuestra Señora de la Candelaria, con la que se consolidaron prácticas festivas, mercados y redes de intercambio fluvial con Mompox, Cartagena y Honda. En esos años se perfila la figura del 'sitio de libres' y de una sociedad mestiza en expansión, con tensiones por la mano de obra y la tributación, y con participación africana y afrodescendiente en oficios portuarios, navegación y comercio (Arciniegas, 1966/1975; Zapata Olivella, 1983): La población afrodescendiente participó en oficios de muelle, navegación y comercio; su legado musical y culinario se trenzó con repertorios indígenas y europeos, dando forma a una cultura ribereña (Banrepcultural, 2020; Zapata Olivella, 1983).

En este horizonte, La colonia dejó un legado urbano abierto al río: patios, zaguanes y ventilación cruzada. Estas arquitecturas expresan un conocimiento climático que hoy resulta útil para adaptar la ciudad a extremos de calor y humedad. Leer la colonia 'desde el agua' permite comprender por qué la ciudad prospera cuando se integra a la red

de caños y declina cuando se rompe esa conectividad. La fundación, vista así, es una práctica continua (Rappaport, 2015).

Pero ello no fue exclusivo de los colonizadores; la ingeniería zenú, con su trama de canales y campos elevados, muestra que el conocimiento hidráulico local tiene siglos de acumulación. Las crónicas y padrones coloniales revelan poblaciones móviles. La cercanía a pasos navegables y la protección frente a crecientes eran factores decisivos. La 'refundación' aparece como gesto repetido: mover casas y oficios para seguir al río.

Es por ello, que se propone que releer la colonia desde el agua ayuda a superar debates estériles sobre 'fecha exacta' de fundación y desplaza la pregunta hacia procesos: ¿cómo se volvió ciudad lo que comenzó como puntos de embarque, mercados y oratorios? Más allá de la fecha puntual, interesa subrayar una continuidad: la ciudad nace y renace en relación con el río. Ese origen hidráulico explica su plasticidad urbana, su economía estacional y su cultura de movilidad. También explica una sensibilidad estética —arquitecturas de sombra y ventilación cruzada, patios y zaguanes— que expresa conocimiento del clima y del agua.

Por tanto, los debates sobre fecha y autoría de la fundación suelen eclipsar procesos más sustantivos: rutas, oficios y decisiones que convirtieron puntos de paso en ciudad. Vista desde el agua, Magangué se consolidó cuando dominó artes de navegación y pudo garantizar alojamiento, comida y reparación a viajeros. El 'saber recibir' —hospitalidad, precios justos, resolución de pleitos— fue tan decisivo como cualquier acta fundacional. Esa cultura de puerto dejó huellas en la cortesía local, en los pregones, en el léxico de mercado y en el trato al forastero.

Entendiendo así la historia de Magangué, se puede recatar actores anónimos. Por ejemplo, las mujeres, a menudo invisibles en documentos oficiales, jugaron un papel de empresarias de la hospitalidad. Regentaban cocinas y fondas, administraban créditos pequeños y sostenían redes de abasto; su capacidad de coordinación fue clave para que la ciudad ofreciera servicios consistentes. Recuperar sus historias —nombres, recetas, oficios— no es solo un gesto de justicia simbólica: es reconocer bases materiales de la

vida urbana ribereña. En este aspecto hay que señalar que el intercambio cultural fue múltiple. Técnicas culinarias africanas, europeos y amerindias se amalgamaron en platos que dependen de la temporada del río; músicas y bailes viajaron con marineros y comerciantes, dejando marcas que aún resuenan. Este patrimonio no es museo: sigue vivo en patios y plazas, y puede convertirse en objeto de estudio escolar para comprender cómo se forma una identidad a partir de mezclas y viajes (Zapata Olivella, 1983; Banrepcultural, 2020).

La mirada colonial también advierte tensiones: diezmos, alcabalas y controles sobre comercio generaron resistencias que se negociaban en cabildos y plazas. Estas fricciones enseñaron técnicas de deliberación pública. Al estudiar estos episodios, se comprende que la ciudadanía ribereña se formó tanto en el trabajo como en la disputa por reglas y cargas.

Y es que la fundación como proceso también interpela el presente: cada ampliación urbana y cada nueva centralidad son 'refundaciones' que deberían explicitar su relación con el agua. ¿Qué acceso mantienen?, ¿qué prácticas desplazan?, ¿qué memoria inscriben en nombres de calles o parques? Convertir estos interrogantes en requisito de proyectos promueve continuidad cultural y evita borramientos.

4. Siglo XIX: independencia, modernidad portuaria y comercio fluvial

Durante la independencia, las riberas del Magdalena fueron corredores estratégicos. El control de pasos y puertos definió logística, pertrechos y comunicaciones. En ese tablero, Magangué adquirió relevancia por su posición intermedia en el bajo Magdalena y su articulación con la Depresión Momposina. Tras la república, el auge de la navegación a vapor convirtió al río en la arteria económica del país, y el puerto creció con casas comerciales, bodegas, astilleros menores y ferias (Álvarez Jiménez, 2020; Bonet et al., 2007).

Es así como la modernidad portuaria instaló reglamentos, aduanas y tecnologías. El muelle fue una escuela: se aprendía contabilidad, caligrafía, pesos y medidas,

reparación de embarcaciones y navegación. La alfabetización comercial formó ciudadanía urbana. Este período también produjo lenguajes y disciplinas: reglamentos de muelle, control de pesos y medidas, aduanas, imprentas comerciales, correspondencia y telégrafos. Se multiplicaron las redes entre comerciantes del interior y exportadores del Caribe, y con ellas se consolidó una sociabilidad urbana que resonó en plazas, templos y escuelas. La feria agropecuaria y la devoción a la Candelaria articulaban economía y ritual, comercio y fiesta.

En este ascenso, Magangué disputó centralidades con Mompox, ciudad ilustre de tradición colonial. Cambios en cauces, barras y brazos del río reconfiguraron la navegabilidad y con ella las rutas de carga. El brazo de Loba, por ejemplo, favoreció durante décadas la operatividad del puerto, aunque de modo variable según los años de sedimentación y estiaje, la gestión de dragados y accesos fue asunto recurrente de la agenda local (IDEAM, 2010). Mompox y otros puertos vecinos protagonizaron una competencia regulada por el relieve del río y por decisiones políticas. Magangué aprendió a vivir con esa incertidumbre invirtiendo en versatilidad: diversificación de oficios, ampliación de bodegas, flexibilidad horaria. Ese músculo adaptativo es una lección para un presente de cambio climático y mercados volátiles.

Con relación a las dinámicas poblacionales y culturales, las migraciones internas poblaron barrios ribereños. Fondas, bodegas y talleres crearon una sociabilidad cosmopolita donde circulaban periódicos, panfletos y músicas de banda. Así mismo, las ferias agropecuarias y la devoción a la Candelaria articularon comercio y ritual, reforzando vínculos de cooperación y confianza necesarios para el crédito mercantil. Por ejemplo, el crédito mercantil circuló mediante vales y letras. La confianza se sostuvo con reputaciones públicas que se construían en plaza y muelle. La alfabetización comercial redujo incertidumbre y mejoró negociación de precios.

Todas estas dinámicas produjeron que el puerto generara cadenas de valor como: astilleros menores, carpintería de ribera, calafates, tonelería, imprentas para facturas y avisos. Cada oficio implicó aprendizaje maestro–aprendiz y transmisión de técnicas. Así

mismo, las compañías de vapores instauraron calendarios y tarifas. El tiempo urbano se sincronizó con silbatos y horarios de embarque. Esta disciplina temporal afectó escuelas, misas y ferias, configurando una 'moral del reloj' ribereña. Lo anterior no estuvo exento de disputas, la prensa local comentó conflictos por tasas de muelle y prioridades de carga, evidenciando tensiones entre comerciantes, navieros y autoridades. Estos debates abrieron espacios de deliberación pública.

Por tanto, el siglo XIX instaló una cultura técnica. Manuales de navegación definían señales y maniobras; libros de carga imponían lenguaje contable; partes meteorológicos introducían atención a vientos y nubes. Esta alfabetización material transformó escuelas y oficios. Se escribía para trabajar y se trabajaba mejor cuanto más se leía. La imprenta local, al replicar formularios y folletos, integró la ciudad a una república de papel que dio soporte a contratos y reputaciones (Álvarez Jiménez, 2020). Es así como este período legó una ciudadanía práctica: saber leer y contar para participar en el mundo del puerto, y saber convivir en una ciudad de paso donde el otro —viajero, arriero, remero— era cotidiano.

El puerto también enseñó a negociar diferencias. La coexistencia de comerciantes, arrieros, bogas, calafates y autoridades produjo roces cotidianos que se resolvían con reglas y costumbres. Los bandos publicados en plaza funcionaban como acuerdos de mínimos. Este aprendizaje de convivencia, fraguado en la fricción del trabajo, es hoy un recurso para imaginar gobernanzas participativas del agua.

Por ello, la modernidad portuaria dejó una ética de oficio que hoy puede inspirar empleos verdes: mantenimiento de embarcaciones livianas eficientes, guianza de humedales con protocolos de bajo impacto, gestión de datos del río. La destreza manual y la disciplina aprendidas en calafates y fogoneros tienen equivalentes contemporáneos que no requieren grandes inversiones, pero sí estándares claros de calidad. La noción de 'competencia regulada' entre puertos enseña que la cooperación regional —acuerdos sobre horarios, tarifas y seguridad— reducía costos para todos. Recuperar esa lógica hoy, con convenios entre municipios ribereños sobre señalización, salvamento y protocolos

de creciente, multiplicaría beneficios y evitaría que cada ciudad invierta de forma aislada en soluciones parciales.

5. Siglo XX: transformaciones urbanas, declive fluvial y nuevas movilidades

El siglo XX comprimió cambios acelerados, el desarrollo de carreteras y transporte terrestre restó protagonismo al río como corredor principal; al mismo tiempo, la navegación a vapor enfrentó siniestros y costos crecientes. En la memoria local, el incendio del vapor *David Arango* (1961) funciona como símbolo del ocaso de una era. La economía urbana se reacomodó y emergieron nuevas movilidades: buses, camiones, carreteras y puentes que redefinieron circuitos comerciales y laborales.

La red vial reorientó flujos hacia carreteras departamentales. Se consolidaron ejes comerciales lejos de la orilla y surgieron barrios con centralidades propias. La espacialidad del mercado cambió y con ella los itinerarios laborales. También, el transporte terrestre trajo nuevos oficios —conductores, mecánicos, despachadores— y exigió otras habilidades.

Estas mutaciones impactaron el trabajo: declinaron ciertos oficios portuarios y surgieron otros vinculados a transporte terrestre, comercio minorista y servicios. En el plano urbano, la expansión perimetral y la ocupación de áreas inundables tensionaron la infraestructura, el saneamiento y el ordenamiento territorial. Las soluciones urbanas de rellenos y muros buscaron ganar tierra al agua, pero a menudo crearon problemas aguas abajo. Aun así, la ciudad preservó rasgos de sociabilidad ribereña: mercados de pescado, madrugadas en muelles, músicas de banda y procesiones acuáticas. Igualmente, las parroquias, asociaciones cívicas y escuelas sostuvieron iniciativas sanitarias y educativas que amortiguaron crisis. La ciudad cultivó hábitos de cooperación aprendidos en el puerto.

En el plano cultural, modernización y tradición convivieron: radio, cine y televisión se mezclaron con gaitas, porros y gastronomías de temporada. La memoria fluvial sobrevivió en relatos, fotografías y toponimias. Es decir, el repertorio local supo

dialogar con tecnologías de entretenimiento. Las bandas se adaptaron a escenarios de radio y televisión; los pregones reescribieron su retórica para mercados con altoparlantes. Este ingenio demuestra que la tradición no es obstáculo para la innovación, sino su aliada cuando se respeta su lógica interna.

El conflicto político y social del país dejó huellas. Las riberas del Magdalena fueron escenario de disputas por control territorial y economías ilícitas en distintos periodos, afectando la movilidad y la seguridad. Pero también activaron respuestas solidarias, Procesos eclesiales y cívicos, como la organización de la diócesis y las ligas de usuarios, acompañaron respuestas sociales y la ampliación de servicios educativos y de salud (Diócesis de Magangué, s. f.).

Durante el siglo XX, las carreteras modificaron la escala del viaje y la economía del tiempo. Llegaron nuevas formas de medir eficiencia —kilómetros por hora, tiempos de despacho— y con ellas cambiaron expectativas sobre servicios urbanos. En ese tránsito, el muelle dejó de ser el único centro de gravedad y surgieron nodos múltiples que fragmentaron la vieja unidad espacial del puerto. La ciudad, no obstante, conservó habilidades de adaptación que aprendió del río: reorganizar horarios, redistribuir oficios, resolver cuellos de botella con acuerdos locales. La ciudad policéntrica del siglo XX puede reconciliarse con su orilla si cada centralidad asume una 'tarea de agua': una gestiona un tramo de andén ribereño, otra apadrina un caño urbano, otra organiza un mercado de productores en temporada de vaciante. Esta distribución de responsabilidades reparte beneficios y cargas, y devuelve el río a la vida cotidiana en lugar de confinarlo a la nostalgia.

6. Educación, cultura y procesos identitarios maganguelleños

En los humedales de la Depresión Momposina, la educación ha sido también una práctica de cohabitación con el agua. Saberes náuticos, calendarios de creciente y vaciante, y oficios vinculados a la pesca y a la agricultura de vega entran en diálogo con la escuela formal. En Magangué, la historia educativa se entreteje con parroquias, misiones y asociaciones civiles, así como con iniciativas estatales y departamentales, en

una trama donde la movilidad fluvial ha condicionado el acceso y la permanencia escolar (IDEAM, 2010; Bonet et al., 2007). En este sentido, la noción de 'hombre anfibio' no es solo una etiqueta cultural: es un principio pedagógico que organiza los tiempos, las trayectorias y las formas de aprender del territorio (McRae, 2015).

Es que siempre considerar que la cultura de Magangué condensa herencias indígenas, españolas y afrodescendientes. En las prácticas cotidianas se tejen músicas (porro, cumbia, gaitas), gastronomías (bocachico frito, sancocho de pescado, mote de queso), y devociones (Candelaria, Semana Santa) que sostienen la memoria y la pertenencia. La educación, en este marco, opera como dispositivo de transmisión intergeneracional: se aprende en aula y en barrio, en el muelle y en la casa, en el fogón y en la orilla (Banrepcultural, 2020).

Orlando Fals Borda propuso una sociología 'sentipensante' que enlaza razón y corazón para comprender los tejidos comunitarios del Caribe (Fals Borda, 2015, 2016). Esta clave ilumina las relaciones entre escuela y territorio en Magangué: los currículos pueden dialogar con calendarios del río, oficios de pesca y comercio, técnicas de adaptación a crecientes, y relatos fundacionales que explican el paisaje. Esa educación patrimonial no es folclor: es política pública que integra conocimiento local y ciencia.

Desde la literatura, Manuel Zapata Olivella enseñó que el Caribe es también un archivo de la diáspora africana y su creatividad simbólica. Su obra convoca a oír voces que la historia oficial silenció y a pensar la libertad como memoria activa (Zapata Olivella, 1983; Mina Aragón, 2023). Estas claves literario-filosóficas enriquecen el proyecto educativo y cultural de una ciudad anfibia.

7. Patrimonio material e inmaterial: inventarios vivos y tensiones contemporáneas

El patrimonio de Magangué conjuga devociones (como la de la Virgen de la Candelaria), festividades, músicas de banda y gaitas, gastronomías de temporada y técnicas de construcción adaptadas a orillas y ciénagas. Este repertorio, más que un inventario, es una forma social de la memoria que vincula familia, barrio y río. El enfoque

intercultural propuesto por Zapata Olivella permite situar la herencia afro e indígena en el corazón de estas prácticas de transmisión cultural, sin idealizaciones, atendiendo a sus tensiones con los procesos de mercantilización y turistificación (Zapata Olivella, 1983; Banrepcultural, s. f.).

En el plano material, Magangué conserva templos, plazas, casonas y trazas urbanas vinculadas a su periodo republicano. En el plano inmaterial, sus músicas, rezos, recetas, relatos orales y oficios del río constituyen un repertorio dinámico. La tensión contemporánea surge cuando estos bienes se ven sometidos a mercantilización turística o a la erosión por desuso y migración: ¿cómo salvaguardarlos sin congelarlos?

Una respuesta es fortalecer inventarios vivos con participación comunitaria: identificar custodios de saberes, registrar prácticas con enfoque ético, acordar protocolos culturales y articular escuela, bibliotecas y museos. El patrimonio, entendido así, no es un objeto muerto sino una práctica que se rehace en la fiesta, el trabajo y la solidaridad cotidiana (Banrepcultural, 2020).

La gestión patrimonial debe dialogar con riesgos ambientales y urbanísticos: crecientes, erosión de orillas, sedimentación de canales, vulnerabilidad de barrios en zonas inundables. Integrar patrimonio y gestión del riesgo supone mapear amenazas, priorizar intervenciones y educar para la prevención, con participación de juntas de barrio y asociaciones productivas (IDEAM, 2010; SEI/TNC/USAID, 2016).

8. Economía política del agua: puertos, humedales y conectividad regional

Los estudios del Banco de la República sobre las economías departamentales del Caribe continental ponen de relieve el papel de ciudades intermedias como Magangué en el entramado de comercio regional (Bonet, Pérez & Meisel, 2007). Desde esta perspectiva, el agua funciona como infraestructura logística: mueve cargas, regula temporadas y conecta productores con mercados. La conectividad contemporánea exige articular la red fluvial con carreteras, puentes y centros de acopio, evitando cuellos de botella y sobrecargas urbanas.

Es que se debe aceptar que el agua estructura relaciones económicas y políticas. En Magangué, los ciclos hidrosociales condicionan rutas mercantiles, temporadas de pesca, disponibilidad de forrajes y transporte de pasajeros. Estudios del Banco de la República subrayan cómo las economías departamentales del Caribe continental dependen de los corredores fluviales y de su articulación con puertos y ciudades intermedias (Bonet et al., 2007). Los cambios en navegabilidad y sedimentación, así como en infraestructura y normativas ambientales, han redefinido la conectividad histórica del puerto (IDEAM, 2010; SEI/TNC/USAID, 2016).

El desafío reside en compatibilizar productividad y sostenibilidad: dragados selectivos, mantenimiento de canales secundarios, salvaguardas para la ictiofauna y corredores de biodiversidad. La Depresión Momposina, por su valor hidrológico y ecológico, es también un fundamento de la seguridad alimentaria regional; deteriorarla compromete la pesca, la agricultura de vega y, en última instancia, la cultura ribereña (IDEAM, 2010; SEI/TNC/USAID, 2016).

Una política del agua con enfoque territorial puede, además, dinamizar el turismo cultural y ecológico de bajo impacto: rutas de humedales, navegación patrimonial, gastronomía de temporada, festividades religiosas y musicales, siempre bajo acuerdos comunitarios que eviten la turistificación depredadora y distribuyan beneficios.

10. Conclusiones: el río como metáfora de ciudadanía y futuro

La historia política de Magangué condensa una experiencia ribereña de ciudadanía, donde el espacio del puerto funcionó como aduana de mercancías y también como teatro de disputas. En la Guerra de los Mil Días, el control del puerto se vinculó a la logística militar y a los flujos de pertrechos (Álvarez Jiménez, 2020). En el siglo XX, las reformas administrativas y eclesiásticas —como la erección de la diócesis— acompañaron procesos de organización cívica y de expansión de servicios sociales (Diócesis de Magangué, s. f.). Sin embargo, Magangué también es memoria y horizonte. Su fuerza histórica radica en la capacidad de convertir la variabilidad hidrológica en oportunidad cultural y educativa. En tiempos de cambio climático y de reconfiguración

de las rutas económicas, el puerto ribereño, sus escuelas y sus colectividades culturales convocan a una política del agua que sea también una pedagogía de la memoria.

Magangué muestra que una ciudad puede educarse en el agua y desde el agua. Su historia enseña plasticidad, hospitalidad y trabajo colectivo; su presente demanda integrar sostenibilidad ambiental, conectividad logística y pedagogía patrimonial; su futuro dependerá de políticas del agua que incorporen la sabiduría local y el conocimiento científico (IDEAM, 2010; SEI/TNC/USAID, 2016).

Si el Caribe de Arciniegas fue una biografía de mareas y conquistas, el Caribe interior de Magangué es una biografía de ciénagas y puertos: un mundo anfibio que Fals Borda leyó desde la gente, y que Zapata Olivella poetizó para volverlo memoria de libertad. En esta confluencia, educación y cultura dejan de ser adornos para convertirse en estrategias de cuidado y de futuro compartido.

Referencias

- Álvarez Jiménez, J., & López Causado, A. (2020). *Por el control del río: el puerto de Magangué y la Guerra de los Mil Días en el Caribe colombiano (1899–1902)*. Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, 25(2), 219–242.
<https://doi.org/10.18273/revanu.v25n2-2020008>
- Arciniegas, G. (1966/1975). Biografía del Caribe. Círculo de Lectores / Editorial Sudamericana. PDF:
<https://asociacionfilosofialatinoamericana.files.wordpress.com/2018/08/arciniegas-german-biografia-del-caribe.pdf>
- Banrep cultural. (s. f.). Manuel Zapata Olivella: intérprete de la cultura negra colombiana.
<https://www.banrep cultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia-no-399/manuel-zapata-olivella-interprete-de-la-cultura-negra>
- Bonet Morón, J., Pérez, G., & Meisel Roca, A. (Eds.). (2007). Las economías departamentales del Caribe continental colombiano. Banco de la República.
https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/lbr_econo_depar_caribe_col.pdf
- Diócesis de Magangué. (s. f.). En Wikipedia.
https://es.wikipedia.org/wiki/Di%C3%B3cesis_de_Magangu%C3%A9
- Fals Borda, O. (2015). Una sociología sentipensante para América Latina (V. M. Moncayo, Ed.). Siglo XXI / CLACSO.
<https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20151027053622/AntologiaFalsBorda.pdf>
- Fals Borda, O. (2016). Ciencia, compromiso y cambio social. Universidad Nacional de Costa Rica.
https://documentos.una.ac.cr/bitstream/handle/unadocs/8133/Ciencia%2C%20compromiso%20y%20cambio%20social_Orlando%20Fals%20Borda.pdf
- IDEAM. (2010). Segunda comunicación nacional ante la CMNUCC. Capítulo 1 (Región Caribe, Depresión Momposina).
https://archivo.minambiente.gov.co/images/cambioclimatico/pdf/Segunda_comunicacion/2%C2%AA_Comunicaci%C3%B3n_Cap%C3%ADtulo_1.pdf
- McRae, D. (2015). El hombre hicotea y la ecología de los paisajes acuáticos en Resistencia en el San Jorge. Tabula Rasa, (23), 79–103.
<https://www.redalyc.org/pdf/396/39643561005.pdf>

- Mina Aragón, W. (2023). Manuel Zapata Olivella: reflexiones contemporáneas sobre filosofía muntú, literatura, política y trietnicidad. *Estudios Políticos*, 63, 187–209. https://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So123-885X2023000300139
- Rappaport, J. (2015). Orlando Fals Borda e Historia doble de la Costa. *Tabula Rasa*, (23), 11–33. https://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-24892015000200001
- SEI / TNC / USAID. (2016). Implicaciones de la expansión hidroeléctrica en la cuenca del Magdalena para la Depresión Momposina. <https://www.sei.org/mediamanager/documents/Publications/SEI-TNC-USAID-FS-2016-Hidroelectrica-Depresion-Momposina.pdf>
- Zapata Olivella, M. (1983). Changó, el gran putas. Acceso y críticas: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll7/id/2/> ; comentario de cita: <https://diariodepaz.com/2020/12/20/la-conciencia-de-la-libertad-chango-el-gran-putas/>

Capítulo II

CORREGIMIENTO DE BARRANCA DE YUCA

II. CORREGIMIENTO DE BARRANCA DE YUCA

Generalidades

El corregimiento de Barranca de Yuca se encuentra enclavado en la zona rural del municipio de Magangué, en el departamento de Bolívar, Colombia. Ubicado aproximadamente a 15 kilómetros al noroccidente de la cabecera municipal, este territorio destaca por su riqueza hídrica, un recurso natural que ha moldeado tanto su geografía como su vocación productiva. La abundancia de fuentes de agua convierte sus suelos en terrenos altamente fértiles, propicios para una agricultura diversa y generosa, entre los cultivos más representativos se encuentran el arroz, la yuca y el maíz, productos esenciales tanto para el autoconsumo como para el comercio local.

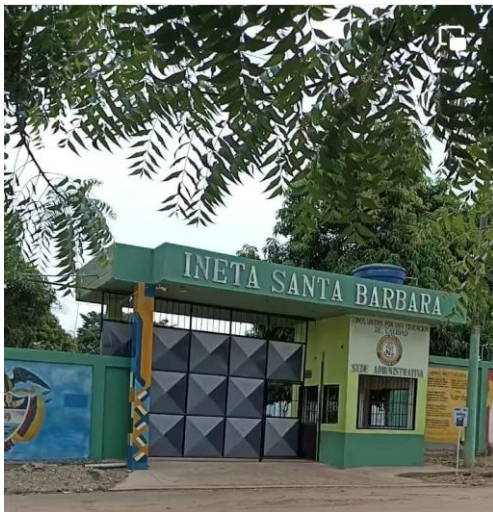
Barranca de Yuca se caracteriza por una economía eminentemente rural, donde la actividad agropecuaria constituye uno de los pilares fundamentales del sustento de sus habitantes. La ganadería, en particular, ocupa un lugar destacado dentro de las prácticas económicas tradicionales, siendo una fuente constante de ingresos y alimento para muchas familias del corregimiento. A la par, la explotación artesanal de canteras a cielo abierto, de donde se extraen piedra y arena, representa una actividad informal que, aunque limitada en escala, tiene un papel relevante al generar oportunidades laborales para numerosos pobladores. Estas labores, aunque carentes en muchos casos de formalización, ofrecen una alternativa de sustento en una región donde las opciones laborales aún son escasas.

Uno de los productos que mayor relevancia ha alcanzado en años recientes es el mango, cuya producción y comercialización en grandes volúmenes ha adquirido un papel protagónico en la economía local; este fruto no solo es cultivado con esmero por los campesinos de la zona, sino que además es destinado, en gran parte, a la industria nacional de jugos y conservas, lo cual fortalece los vínculos del corregimiento con cadenas de valor externas y contribuye a su visibilidad dentro del contexto agroindustrial colombiano.

Con su geografía generosa, su gente laboriosa y su espíritu pujante, representa un ejemplo de cómo las comunidades rurales, aún en medio de desafíos estructurales, continúan siendo espacios de producción, vida y esperanza

La gente de Barranca de Yuca se distingue, de manera entrañable, por su profundo amor y sentido de pertenencia hacia su territorio; este arraigo, que trasciende generaciones, se manifiesta en cada acción colectiva, en cada jornada de trabajo solidario y en cada esfuerzo común por mejorar las condiciones de vida de la comunidad. No se trata únicamente de habitar una geografía, sino de construir, con las propias manos, un proyecto de vida enraizado en la dignidad, la esperanza y la voluntad compartida.

Uno de los más valiosos testimonios de ese compromiso colectivo es la creación de su centro educativo insignia: la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Santa Bárbara, conocida por todos como INETA Santa Bárbara, su historia no se remonta a una gestión gubernamental aislada ni a una iniciativa externa, sino al trabajo palmo a palmo de los mismos pobladores, quienes, con herramientas rudimentarias, materiales recolectados y una firme determinación, levantaron con esfuerzo la estructura física que hoy se alza como un símbolo de superación y futuro para la juventud local.



Esta institución no es solo un recinto académico, sino un verdadero bastión de transformación social; en sus aulas convergen los sueños, talentos y aspiraciones de jóvenes provenientes de los corregimientos vecinos de Piñalito, Tacasaluma, Tres Puntas, La Ventura, San Antoñito y, por supuesto, de la misma Barranca de Yuca. Gracias a esta institución educativa, cientos de estudiantes han podido culminar su formación secundaria, proyectándose hacia estudios superiores o al desarrollo de competencias técnicas agrícolas, útiles para el fortalecimiento de la

economía local; así, la INETA Santa Bárbara se ha convertido en un referente educativo de impacto municipal y departamental, pero también en un epicentro de cultura, deporte, integración y liderazgo juvenil.

A la par de este logro educativo, se alza otro símbolo del espíritu colaborativo que define a la comunidad, el Parque de las Letras. Este espacio social y cultural, ideado y construido también por iniciativa de los propios habitantes, es un homenaje a la identidad barranquera, a su relación social y el encuentro comunitario. El proceso de edificación del parque fue una muestra más de la unión fraternal que caracteriza a sus pobladores: hombres, mujeres, jóvenes y adultos mayores se unieron con un propósito común, aportando tiempo, trabajo, ideas y recursos, hasta ver materializado un lugar de encuentro, esparcimiento y expresión artística.

El Parque de las Letras no solo embellece el paisaje urbano del corregimiento, sino que también sirve como escenario para actividades culturales, lecturas al aire libre, encuentros intergeneracionales y celebraciones comunitarias. Es, en



suma, un lugar donde se respira el orgullo barranquero, donde la palabra se convierte en puente y la cultura, en fundamento de cohesión.

Barranca de Yuca no es únicamente un territorio geográfico; es, sobre todo, una comunidad viva, resiliente y consciente de su poder colectivo. En cada obra construida con el sudor de su gente, en cada rincón donde florece la educación o se celebra la cultura, late el espíritu de un pueblo que cree en sí mismo y en el valor de la unidad

Reseña Histórica

Barranca de Yuca, donde los vientos de la sabana se entrelazan con las brisas rivereñas, entre los matorrales y las ceibas, es un corregimiento que no ha sido escrito en

grandes tomos de historia nacional, pero que habita con fuerza en la memoria oral de sus pobladores; corregimiento del municipio de Magangué, es mucho más que un punto en el mapa es un testimonio vivo de la adaptabilidad, la resistencia y la creatividad de un pueblo que nació de la trashumancia, creció entre cultivos de piña silvestre y se consolidó con la firmeza terrosa de la yuca. Este texto busca relatar, con la riqueza de la palabra hablada y el rigor del relato histórico, los orígenes de Barranca de Yuca, a partir de los relatos transmitidos por generaciones y de la voz de la señora Rosalía Rodelo de Jiménez y el señor Marcos Lobo, depositarios de saberes ancestrales y de una memoria ya casi en olvido.

Mucho antes de que existiera un caserío llamado Barranca de Yuca, la región era tierra de paso. Con el sol tiñendo de oro los campos de Sincé, Galeras y Granada, los vaqueros comenzaban sus largas travesías de trashumancia. Hombres endurecidos por la intemperie, de corazón indómito y alma de sabana, recorrían grandes distancias guiando su ganado en busca de pastos verdes, aguas frescas y sombra para el descanso. El trayecto los llevaba al cruce natural conocido como Nuevo Cristal, un rincón bendecido por nacederos de agua, montes espesos el canto de las aves y el viento. Allí levantaban ranchos de palma seca, donde los cuerpos cansados se renovaban y el espíritu se encendía al calor del fogón de leña.

Bajo las estrellas, nacían vínculos que trascendían las geografías. Se compartían historias de vendavales, sequías, encuentros con pequeños felinos, leyendas de espíritus de monte, apariciones, y pactos entre hombres y tierra. Cada noche era un aula viva de la historia campesina. En esas noches largas, el nombre de cada vaquero se volvía parte del paisaje; nombres hoy perdidos en documentos, pero vivos en la piel del territorio. Aquel paraje, que primero fue posada temporal, empezó a poblarse con más fijeza a medida que los ciclos de trashumancia se acortaban y los lazos se fortalecían.

Llegaron las mujeres, algunas esposas, otras hijas de la región, y con ellas llegaron los elementos fundamentales de la vida comunitaria: la cocina, la crianza, el tejido, las parteras, las primeras celebraciones religiosas improvisadas; la currancha se

convirtió en casa; el corral en plaza; el camino en vereda, el caserío empezó a tener nombre propio, Nuevo Cristal, aunque todavía sus habitantes vivían como entre el “aquí” y el “de dónde vengo”.

La consolidación del caserío no fue ajena al contexto nacional. Entre 1899 y 1902, Colombia fue sacudida por la Guerra de los Mil Días. Liberales y conservadores se enfrentaban en todo el país. Los pueblos ribereños de Sucre y Bolívar sufrían ocupaciones, escasez, reclutamientos forzados. Fue entonces cuando muchas familias de Magangué, El Retiro, Sincé y Galeras, huyendo del conflicto, se asentaron en ese rincón alejado de los ríos principales. Nuevo Cristal comenzó entonces a crecer de forma estable. El caudal de historias humanas creció como crecen los ríos en invierno: familias completas llegaban con lo poco que tenían, buscando en la sabana algo que no fuera la guerra.

Entre 1910 y 1916, el caserío empezó a ser identificado como Barranca Piña, debido a la extraordinaria proliferación de piña silvestre en la zona. Estas piñas, conocidas también como piñas de agua, no eran aptas para la comercialización en mercados por su pequeño tamaño y sabor áspero, crecían de forma abundante y espontánea en los campos abiertos, marcando el paisaje con su presencia inconfundible. No fue su valor económico lo que dio renombre al caserío, sino su abundancia; foráneos, vaqueros trashumantes y habitantes cercanos comenzaron a referirse al sitio como "barranca donde están las piñas", un apelativo que, con el tiempo, se consolidó como nombre común, Barranca Piña.

A partir de 1916, los pobladores comenzaron a experimentar el crecimiento de los cultivos de yuca, impulsados por la necesidad de asegurar su sustento y por las condiciones favorables del suelo. Lo que al inicio fue un cultivo modesto, pronto se transformó en un fenómeno productivo notable. La yuca floreció con vigor extraordinario, y en los años venideros se llegaron a cosechar ejemplares que sorprendían por su tamaño y peso; estas raíces no solo alimentaban a las familias, sino que se convirtieron en fuente de comercio e intercambio.

La bonanza del cultivo de yuca trajo prosperidad económica al caserío; los bultos de yuca, las arepas, las carimañolas y demás derivados comenzaron a circular en los pueblos circunvecinos, y muchas familias encontraron en esta raíz su principal medio de vida. Fue entonces natural que el nombre del lugar cambiara nuevamente, esta vez adoptando el de Barranca de Yuca, un reflejo directo de la nueva identidad agrícola que marcaba a la comunidad.

La historia de Barranca de Yuca, como la de muchos pueblos rurales del Caribe, no está escrita en archivos notariales ni en decretos oficiales. Vive en las voces de sus mayores, en las canciones de cuna, en los cuentos de la plaza y en las recetas de cocina. Hoy, aunque el cultivo de yuca ha disminuido, el nombre sigue siendo bandera de una identidad construida en la adaptación. Es un ejemplo del poder de la oralidad como archivo vivo. Doña Rosalía Rodelo de Jiménez, con su memoria precisa y apasionada; don Marcos Lobo, con sus jocosos recuerdos de la producción de ñeque, encarnan ese archivo oral, ese testimonio vivo que permite a las nuevas generaciones conocer de dónde vienen. Barranca de Yuca no es un mito ni una coincidencia. Es el resultado de ciclos de movimiento, arraigo, guerra, agricultura y comunidad. Es la historia de cómo un grupo de hombres trashumantes, seguidos por mujeres valientes y familias desplazadas, construyeron un hogar entre sabanas y nacederos de agua; Es el testimonio de un pueblo que supo cambiar de cultivo sin cambiar de alma; y que, a pesar del silencio documental, sigue hablando alto en la memoria viva de sus habitantes.

Cultura y tradiciones

La década de los años 30 marcó un hito en la historia de los pueblos que se asentaban a la sombra de los ríos Magdalena y Cauca. Las corrientes de agua no solo trazaban la geografía de la región, sino que también servían como vías migratorias que llevaban consigo un torrente de cultura y tradiciones. Desde las poblaciones de Barbosa y Buenavista en el departamento de Bolívar, y Matepita en Sucre, se da una segunda migración significativa, emergieron un sinnúmero de hombres y mujeres con el deseo de

buscar nuevas oportunidades y forjar un destino distinto en Barranca de Yuca. En el crisol de esta nueva tierra, las tradiciones riveras florecieron, convirtiéndose en la esencia de una comunidad vibrante.

Entre las innumerables costumbres que las olas del Magdalena y el Cauca arrastraron a Barranca de Yuca, las Pascuas o 'baile cantao', se erigieron como la celebración más emblemática. Era un período que comenzaba el 25 de noviembre, con la festividad de Santa Catalina, y que se extendía hasta el 6 de enero, día de reyes o Epifanía del Señor, marcando un ciclo de rituales y danzas que llenaban el aire de alegría, música y comunión. Durante este tiempo, la plaza de arriba se convertía en el corazón palpitante del pueblo, un espacio donde se entrelazaban los ecos de la tradición con la vitalidad de la comunidad.

Las primeras Pascuas atraían a los pobladores como un imán, junto con una atmósfera festiva que impregnaba cada rincón. Los ritmos de los 'bailes cantaos' tambora, berroche, chandé, guacherna bullerengue y cumbia resonaban arrojando a todos en un torbellino de movimientos; el tambor alegre, la tambora, el llamador, percusión menor como totumas y tablas, acompañaban cada danza, creando una sinfonía que reverberaba en el alma de quienes la disfrutaban. El sonido de las palmas aplaudiendo seguía el compás de la música, un gesto que unía a todos en una sola voz, una sola expresión de identidad cultural.

Con el tiempo, cada sábado de diciembre se convirtió en un evento esperado y respetado que convocaba a los lugareños y a los que llegaban de otros rincones. Las plazas, unidas en su propósito de celebración, alternaban sus actividades, creando un diálogo festivo entre la plaza de arriba y la de allá abajo. Cada rincón del pueblo parecía comprender la importancia de estos encuentros, donde la música no solo era un entretenimiento, sino una forma de comunicarse con la historia, con los ancestros que habían dejado su huella en cada nota y en cada paso.

A medida que los años avanzaban, las Pascuas de Barranca de Yuca se transformaban en una narrativa viviente de la idiosincrasia local. Las danzas y canciones

contienen historias de amor, de dolor, de esperanza y de lucha, un reflejo de la misma vida. Estas celebraciones eran más que simples eventos; Eran momentos de conexión profunda entre generaciones, donde los jóvenes aprendían de los mayores, y donde la transmisión de saberes y valores se hacía de manera orgánica y natural.

En este contexto, los migrantes de las riberas no solo traían consigo danzas y melodías; Traían una cosmovisión, un modo de entender y relacionarse con la vida y la naturaleza. La festividad de las Pascuas se impregnó así de un significado más profundo, simbolizando la resistencia y la adaptabilidad de una cultura que, a pesar de los cambios, se mantenía viva y relevante en cada canto y cada baile.

Por lo tanto, mientras las luces de las velas brillaban en la última noche de la festividad, la comunidad de Barranca de Yuca se encontraba más unida que nunca. Las voces se alzaban en un canto colectivo que celebraba no solo la llegada de un nuevo año, sino también la riqueza de su herencia cultural.

Así, las Pascuas de Barranca de Yuca no eran únicamente una fiesta; representaban la esencia misma de un pueblo, la amalgama de tradiciones que había llegado de lugares lejanos, aquella fusión que permitía que los ríos, ya no solo fueran caminos de agua, sino arterias culturales que unían el pasado con el presente, y que prometían un futuro lleno de esperanza y continuidad. Con cada celebración, Barranca de Yuca reafirmaba su identidad, su pertenencia y su amor por las tradiciones que, a pesar del paso del tiempo, siempre encontrarían la forma de relucir en el corazón de sus gentes.

Mitos y leyendas

Barranca de Yuca, como todo pueblo de la costa atlántica colombiana, es nutrida con leyendas y mitos que alimenta el imaginario colectivo, y que se dan a conocer de generación tras generación, sin perder vigencia, ni autenticidad. Uno de esas leyendas o mitos, que se puede decir que es propio, es la “mujer de la totuma de oro” nacido en la

tradición oral y que hoy el profesor Edilberto Morales Navarro, lo llevó a las letras de la siguiente manera:

Mito de La Mujer de la Totuma de Oro de Barranca de Yuca

Dicen que, en Barranca de Yuca, donde el calor hace cantar a las piedras y el viento baila con las ceibas; Cada 4 de diciembre, la alborada musical despierta la piel de la tierra y el olor a café se alza como viento perfumado, el pueblo se viste de alegría. Es la fiesta de Santa Bárbara, la de las tormentas dulces y el trueno bendito, y nadie se queda sin festejar.

María Caridad, era la más hermosa; Tenía cintura de porro y mirada feliz, Cuando bailaba, las mariposas danzaban con ella; Aquella noche, con la plaza prendida de luces y la banda afinando sus notas, María se puso su vestido de fiesta: rojo como el sol al atardecer. Pero antes de dejarse ir en la rueda del fandango, tomó el bangaño y la totuma y bajó al pozo Riveño, a llenar de agua las tinajas para su madre.

La luna la acompañó en silencio. La vieron cruzar el camino real, flotando entre luciérnagas, con la cabeza erguida como reina de la noche. Pero no volvió.

Dicen que el agua del pozo, quieta y profunda, la esperó con un canto que no era de este mundo; Un lamento dulce, que subía desde el fondo de las aguas. María se inclinó, y el agua le devolvió su rostro... pero otro: más bello, más dorado, más libre. Y en ese reflejo vio el encanto.

La tomó el agua. No con fuerza, sino con seducción.

Desde entonces, cada vez que suena la banda y los porros tiemblan en los metales, se escucha un guapirreo que no viene de garganta humana. Es un canto de sombra, lirico y profundo, como salido de una totuma encantada. Y si uno se atreve a mirar hacia el pozo, sin pestañear y sin cruzar palabra, verá la figura de una mujer bailando porro o fandango, descalza y serena, con una totuma de oro en la cabeza que brilla como lucero entre el susurro de la noche.

Ella baila. Baila sola, pero nunca fuera del ritmo; Porque el encanto la convirtió en leyenda, María Caridad no se perdió, sino que fue escogida. Ahora es el espíritu del porro, alma del fandango, guardiana del del pozo Riveño.

Las bandas de música

En la década de los años 80, Barranca de Yuca se convirtió en un hervidero de sueños y aspiraciones juveniles. Un grupo de dieciséis jóvenes barranqueros, llenos de energía y determinación, decidió que era hora de dar vida a su anhelo más querido: formar una banda de música. Sin embargo, se enfrentarán a un desafío monumental. Carecían no solo de instrumentos, sino también de conocimientos musicales. Pero no se dejarían vencer por estas limitaciones; al contrario, decidieron que su deseo de hacer música era más fuerte que cualquier obstáculo.

Los jóvenes se unieron en un esfuerzo colectivo. Con recursos propios y mucho ingenio, lograron conseguir algunos instrumentos de segunda mano, piezas que parecían haber escuchado mejores días, pero que ante sus ojos eran tesoros invaluable, cada melodía que imaginaban en su mente alimentaba su creatividad y entusiasmo. En su búsqueda por adquirir conocimientos, invitaron al Maestro Jorge Vergara, originario de Piñalito, un experto en la materia que podía guiarlos en su travesía musical. Con su llegada, no solo aportó su destreza, sino que también encendió una chispa de esperanza en el corazón de aquellos jóvenes.

La banda, conocida como La Banda Central de Barranca de Yuca, empezó a tomar forma. Su primer ensayo fue un momento mágico; a cada intento de tocar los instrumentos, el aire se llenaba de risas, nervios y un eco de notas desafinadas. Pero esos momentos eran solo el preludio de lo que estaba por venir. Bajo la tutela del Maestro Jorge Alberto Vergara Bolívar, los jóvenes comenzaron a aprender a tocar, a entender el ritmo y la armonía. Con cada práctica, los sonidos se volvieron más cohesivos y las primeras piezas musicales empezaron a sonar. La Banda Central se convirtió en el alma

del pueblo, creando un sentido de unidad y pertenencia entre los habitantes de Barranca de Yuca.

Sin embargo, como en toda la historia de la creación, las diferencias y las ambiciones personales no tardaron en surgir. A medida que la banda crecía en popularidad y renombre en la región, llegó el momento en que una parte de los integrantes sintió la necesidad de explorar nuevas direcciones. Así fue como surgió una segunda agrupación, que se denominó la "Banda 4 de diciembre" de Barranca de Yuca. Esta separación, aunque dolorosa para algunos, se tornó en una oportunidad para que nuevos talentos emergieran bajo la dirección de Salvador, quien asumió el liderazgo con una visión renovada. El Maestro Uyola, un experimentado músico de Salitral, Córdoba, se unió al nuevo proyecto, aportando su vasta experiencia y conocimiento. Su llegada fue como un soplo de aire fresco; realizando ensayos exhaustivos y montó diversas piezas musicales que resonaron en cada rincón del pueblo. La Banda 4 de diciembre pronto ganó notoriedad y respeto, convirtiéndose en un símbolo de energía y pasión en la región. Las presentaciones de la banda se convirtieron en eventos esperados, donde los miembros mostraron no solo su talento, sino también su compromiso con la comunidad.

Pero el espíritu innovador de la música no se detuvo ahí. Aprovechando la efervescencia musical que había surgido, el Maestro Uyola se dio cuenta de que había un potencial aún por descubrir entre los más jóvenes. Así, formando una banda juvenil compuesta por doce muchoschitos inquietos, quienes, rebosantes de entusiasmo y creatividad, comenzaron a entrenar bajo su ala. Esta nueva formación recibió el nombre de "La Banda Boli", en honor a una expresión típica del pueblo, un producto que se comercializaba congelado y que era las delicias de los chicos de la época.

La Banda Boli se convirtió en el semillero de nuevos talentos, y en poco tiempo sus integrantes comenzaron a destacar en la escena musical local. Con cada presentación, revivieron el fervor que había llevado a sus predecesores a alcanzar sus primeros logros. Aquel murmullo de percusión y vientos, ritmos contagiosos y melodías

vibrantes resonaba en el corazón de Barranca de Yuca, atrayendo multitudes y uniendo generaciones.

La historia de estas bandas se convirtió en leyenda dentro de la comunidad, un canto a la esperanza y al poder transformador de la música. Barranca de Yuca, una población que había conocido la carencia, halló en la música un camino hacia la riqueza emocional y cultural. Así, los jóvenes barranqueros no solo crearon melodías, sino que también tejieron la tela de una comunidad vibrante y solidaria, que, a través del tiempo, seguiría comprendiendo que la música, era y es, un lenguaje universal que trasciende fronteras y une corazones.

Reseña Histórica de la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Santa Bárbara

En el corregimiento de Barranca Yuca, jurisdicción del municipio de Magangué, Bolívar, se gestó una experiencia histórica singular, cimentada en el esfuerzo colectivo, la voluntad comunitaria y una profunda convicción en la educación como vía de transformación social. De ese proceso emergió una de las instituciones más representativas del sur del departamento de Bolívar: la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Santa Bárbara, anteriormente conocida como Colegio Departamental de Bachillerato “Santa Bárbara”. Su génesis se remonta a la década de 1980, un período caracterizado por notorias limitaciones en infraestructura y cobertura educativa en las zonas rurales de la región.

El origen formal de la institución puede situarse en el 31 de octubre de 1985, cuando la Asamblea Departamental de Bolívar, mediante la Ordenanza No. 023, otorgó vida jurídica al entonces Colegio Departamental de Bachillerato “Santa Bárbara”. No obstante, dicha oficialización no constituyó un gesto unilateral del Estado, sino la culminación de un intenso proceso de movilización comunitaria. Hombres y mujeres de Barranca Yuca, motivados por el anhelo de brindar mejores oportunidades a las nuevas generaciones, emprendieron una cruzada cívica para materializar un proyecto que respondiera a las necesidades educativas locales.

La memoria oral de protagonistas como doña Rosalía Rodelo de Jiménez ha permitido reconstruir con fidelidad las circunstancias que rodearon este proceso. En un encuentro fortuito con el señor Jesús de la Ossa, reconocido dirigente conservador, emergió la idea de trascender las divisiones partidistas para priorizar las necesidades urgentes de la comunidad. La conversación, en la que también participó el empresario Pedro Gutiérrez Orduz, vinculado a la Arrocera Cauca de Magangué, fue decisiva. Ante la pregunta sobre las carencias más apremiantes del corregimiento, la respuesta de doña Rosalía fue contundente: la ausencia de un centro de salud y de un colegio de bachillerato.

Este diálogo inicial constituyó la chispa que encendió un proyecto mayor. Con el compromiso de gestionar apoyos ante la Secretaría de Educación de Cartagena, liderada entonces por el doctor Armando Villegas Centeno, surgió un desafío ineludible: la comunidad debía aportar el terreno y asumir los primeros esfuerzos de construcción. La respuesta colectiva fue inmediata. Se conformó una junta organizadora integrada por líderes locales como Marcos Lobo Ramírez, Teresa Santander de Montes, Ezequiel Lastre Meza, Otoniel Garizao Jiménez, Cupertino Coley Jiménez, Jesús Cuello Castillo y la misma Rosalía Rodelo de Jiménez, bajo el acompañamiento del inspector de policía, Germán Cuello. Su primera misión fue la consecución del predio.

La obtención de la primera hectárea de tierra constituye un episodio paradigmático de ingenio comunitario. Tras identificar al doctor Solán como posible benefactor, la junta confió a doña Rosalía la tarea de solicitar la donación. Su estrategia, cargada de sencillez y persuasión, logró conmover al propietario, quien, tras reflexionar, accedió a donar el terreno, en un gesto que equiparó al realizado anteriormente con la iglesia local. Este acto de desprendimiento dotó al proyecto no solo de una base material, sino también de una legitimidad simbólica que reforzó la cohesión social en torno al colegio.

Con el terreno asegurado, se desplegaron amplias redes de solidaridad. Vecinos y familias contribuyeron con materiales de construcción —ladrillos, piedras, arena— y

con mano de obra voluntaria. El primer salón de clases fue levantado bajo el liderazgo del inspector Dionisio García, quien inauguró la obra con el primer golpe de martillo. Así, el 2 de febrero de 1986 abrió sus puertas el Colegio Departamental de Bachillerato “Santa Bárbara”, recibiendo a sus primeros estudiantes con una vocación ilimitada de servicio educativo.

El desarrollo posterior de la institución estuvo marcado por un proceso de consolidación y expansión. Durante la dirección del profesor Gustavo Domínguez, se amplió la visión institucional hacia un modelo con énfasis agropecuario, coherente con la vocación productiva de la región. Para tal fin, se gestionó la compra de nueve hectáreas adicionales al doctor Solán, financiadas mediante recursos provenientes de Ecopetrol y otras entidades, con el respaldo activo de la comunidad. De esta manera, el colegio alcanzó una extensión de diez hectáreas, lo que permitió robustecer su identidad como institución técnica agropecuaria.

La relación entre la institución y la comunidad se fortaleció de manera indisoluble. El colegio trascendió su función estrictamente académica para convertirse en un eje de articulación del desarrollo rural. Los esfuerzos de gestión se extendieron hacia corregimientos vecinos como San Pedro, Buenavista, Galera y Juan Arias, así como al municipio de Magangué, evidenciando una capacidad organizativa ejemplar por parte de una población que, en su mayoría, carecía de educación formal, pero que actuó movida por la firme convicción de garantizar un porvenir digno a sus hijos.

Décadas más tarde, el Colegio Departamental se transformó en la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Santa Bárbara, en reconocimiento tanto a su evolución administrativa como a su misión pedagógica. La institución no solo consolidó su función educativa, sino que también se erigió como un símbolo del liderazgo comunitario, la solidaridad intergeneracional y la fe en la educación como herramienta de movilidad social y desarrollo sostenible.

La historia de esta institución trasciende la mera narración de su fundación. Constituye un ejemplo elocuente de resistencia frente al abandono estatal, así como de

la capacidad transformadora de la acción colectiva. Cada aula, cada árbol sembrado y cada sendero abierto en la finca educativa representan la materialización de un sueño compartido, tejido a partir del esfuerzo silencioso de hombres y mujeres que se negaron a aceptar la condena de la ignorancia.

Referencias

Rodelo, R. (s.f.). Testimonio oral sobre la fundación de Barranca de Yuca. Transmisión oral de generación en generación.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE. (2018). *Censos Nacionales de Población y Vivienda*. <https://www.dane.gov.co>

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. (2022). *Cartografía municipal de Magangué, Bolívar*.

Capítulo III

CORREGIMIENTO DE PIÑALITO

III. CORREGIMIENTO DE PIÑALITO

Generalidades

En el extremo suroccidental del municipio de Magangué, en el departamento de Bolívar, existe un lugar donde el tiempo parece danzar al ritmo de los remos que cortan las aguas de la ciénaga, donde la música no es un lujo sino una forma cotidiana de existir, y donde el campo y la pesca se entrelazan con la historia. Ese lugar es Piñalito, un corregimiento que ha sabido forjarse a partir del río, la tierra y la memoria, y que hoy resuena como un ejemplo de identidad cultural en la región de La Mojana bolivareense. Está limitado por los corregimientos de Barranca de Yuca, Tacasaluma, San Antoñito y las ciénagas de El Gallinazo y ciénaga Piñalito.

El nombre de Piñalito remite, en parte, a la abundancia de piñas silvestres que alguna vez poblaron sus tierras, pero con el tiempo, esa vegetación espontánea dio paso a cultivos más estructurados, más ambiciosos, y sobre todo más emblemáticos para la economía y la cultura local. Su ubicación a orillas de la ciénaga El Gallinazo no solo le ha conferido una importancia geográfica singular, sino que ha marcado profundamente el estilo de vida de sus más de 2.000 habitantes. La ciénaga ha sido proveedora de alimento, de rutas y de historias; es madre silenciosa del pueblo y escenario eterno de las faenas diarias de sus pescadores.

La pesca constituye, desde tiempos inmemoriales, la columna vertebral de la economía piñalitera. Los pescadores madrugan a diario, guiando sus canoas en busca del bocachico, del bagre, del coroncoro y de muchas otras especies que nutren no solo a sus familias, sino a los mercados de los pueblos vecinos. Cada familia guarda en sus redes historias heredadas, técnicas tradicionales, secretos del agua. Sin embargo, la agricultura también ha sabido hacerse un lugar de honor, y con ella, un cultivo ha



alcanzado una dimensión casi simbólica, la patilla. En los primeros meses del año, la tierra de Piñalito se transforma. Bajo el calor que precede al invierno, emergen los frutos verdes con listas de la patilla, que tras su corteza lisa esconden un corazón rojo, dulce y refrescante. Desde enero hasta marzo, los campos se tornan verdes y rayados, con las hileras bien dispuestas de este cultivo que ha dado fama y sustento a cientos de familias. El auge de la patilla ha sido tal, que desde hace años se reconoce a Piñalito como “tierra patillera”, no solo por su capacidad de producción, sino por la calidad de su fruto, codiciado en plazas como Magangué, Sincelejo, Cartagena y Barranquilla.



Este producto de la tierra, sencillo en apariencia, pero lleno de vitalidad, ha desbordado su función económica para convertirse en eje de integración social. Cada año, en el mes de marzo, se celebra con entusiasmo el Festival de la Patilla, también conocido por su nombre popular e institucional, el ‘Patilla Fest’. Es una fiesta que convoca no solo a los habitantes del corregimiento, sino a visitantes de todo el municipio e incluso de otras ciudades. La comunidad se viste de fiesta para rendir homenaje al fruto que los representa, y en torno a él se levanta una tarima, se alzan las banderas de la identidad campesina y ribereña. Durante estos días de celebración, Piñalito vibra con la cabalgata inaugural, que recuerda su pasado vaquero y campesino, y se entrega luego a una variedad de actividades que mezclan el arte, la gastronomía, la música y el deporte. Se premia la patilla más grande y más dulce, con ejemplares que en años recientes han llegado a pesar casi veinte kilos. Se exhiben y degustan recetas tradicionales y nuevas creaciones culinarias derivadas de la fruta, como mermeladas, jugos, vinos, postres y bocadillos. Todo esto ocurre mientras suenan los



acordes inconfundibles de las bandas locales y agrupaciones de talla nacional, que elevan con su música el orgullo de un pueblo trabajador.

Piñalito es también cuna de una tradición musical que ha acompañado cada etapa de su historia reciente. Las bandas Santa Cecilia y Ritmo de la Playa no solo son reconocidas en el ámbito local, sino que representan con orgullo el alma sonora del corregimiento. La banda Santa Cecilia, nombrada en honor a la patrona de los músicos, suele llenar de solemnidad, emoción y alegría las ceremonias religiosas, actos cívicos, fiestas patronales y todo evento cultural y fiestero. Su repertorio es diverso, y en sus acordes se funden el folclor y la tradición. Ritmo de la Playa, por su parte, es la banda que encarna el espíritu festivo de la comunidad. Sus porros, puyas y fandangos han hecho retumbar no solo los patios de Piñalito, sino escenarios de otras ciudades y departamento, donde se les espera como embajadores del folclor piñalitero.

Ambas bandas no solo trabajan en la música; también forman; Jóvenes de la comunidad aprenden música desde temprana edad bajo la tutela de los veteranos, dando continuidad a una herencia que se transmite de oído, de gesto, de disciplina y de pasión. En Piñalito, tocar un instrumento no es un lujo, es una declaración de pertenencia. Cada presentación es una escena donde se mezclan generaciones, donde los viejos enseñan y los jóvenes sueñan.

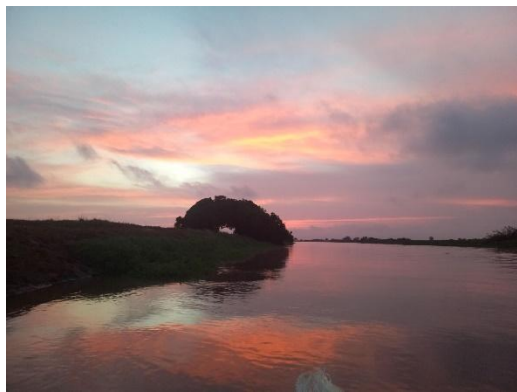
Más allá de la pesca, la patilla y la música, lo que sostiene a Piñalito es el tejido humano que se ha entrelazado en décadas de resiliencia. Es un lugar donde las dificultades propias del olvido estatal y de la geografía anegada no han impedido el florecimiento de una cultura propia, nutrida de trabajo, creatividad y orgullo. La comunidad ha encontrado en su entorno no solo retos, sino una fuente de inspiración.

En tiempos recientes, el festival de la patilla ha comenzado a ganar atención más allá de las fronteras municipales. Diversos medios de comunicación regionales han cubierto su desarrollo, resaltando no solo el colorido de las celebraciones, sino también su potencial como atractivo turístico y como motor de desarrollo rural. Esta visibilidad ha motivado nuevas propuestas para el mejoramiento de la infraestructura local, el

fortalecimiento de los programas culturales y el reconocimiento de Piñalito como referente de producción y celebración agrícola en Bolívar.

En Piñalito, la patilla es símbolo, pero también es oportunidad. Su gente no la celebra solo porque alimenta, sino porque une, porque detrás de cada corte de machete que abre una patilla madura, hay meses de trabajo familiar, de vigilancia contra las plagas, de rezos por las lluvias necesarias, de manos compartidas.

Reseña Histórica



La historia de la fundación de Piñalito es un relato tejido con hilos de tradición oral, transmitido de generación en generación por voces como la de don Jorge Alberto Vergara Bolívar, un hombre que ha sido testigo y custodio de las narrativas que dan vida a este lugar. Se dice que todo comenzó en las postrimerías del siglo XIX, cuando un grupo de pescadores, en busca de sustento, se aventuró hacia las aguas de la ciénaga del Gallinazo. Este paraíso acuático, rebosante de vida, no solo promete abundancia, sino también un hogar. Los pescadores, provenientes de diferentes regiones, se arranchaban temporalmente a orillas de la ciénaga, donde construyeron curranchas, refugios modestos que les protegían de los rigores de la naturaleza mientras realizaban sus faenas de pesca. Los relatos de don Jorge Alberto narran cómo estas familias, movidas por la necesidad y el deseo de prosperar, pasaban semanas en la ciénaga, dedicándose a la captura del bocachico, el bagre, la arenca, el sábalo, el coroncoro y el barbul. La pesca era más que una actividad, era una forma de vida. Con la llegada de cada nueva temporada, la ciénaga se llenaba de risas y voces de hombres y mujeres que, con redes en mano, buscaban llenar sus canastos de los tesoros que ofrecía el agua.

Entre este grupo de pescadores se encontraban las familias Retamoza, Galván, Medina, Navarro, Galvis y los Vergara procedentes de las sabanas, que se convirtieron en pilares de la comunidad emergente. La familia Retamoza con cinco hijas, las historias de amor y de vida comenzaron a entrelazarse en la ciénaga, fue así como Domingo Galván, un ganadero oriundo de Granada, Sucre, encontró su camino hacia Piñalito. Animado por la promesa de pastizales en los playones que emergían con la llegada del verano, Domingo llevaba su ganado a pastorear en aquellas tierras fértiles.

Con el tiempo, como suele suceder en estas narrativas de vida, Domingo se unió a una de las hijas de la familia Retamoza. Esta unión no solo solidificó la relación entre dos familias, sino que también plantó las semillas de lo que sería el primer caserío en el territorio. Al principio, el asentamiento se localizó a aproximadamente un kilómetro al noreste de donde se encuentra hoy Piñalito, pero el paso del tiempo y las sequías que azotaban la ciénaga llevaron a los habitantes a reubicarse, buscando siempre un lugar que garantizara la seguridad y la prosperidad. La decisión de cambiarse no fue fácil; Sin embargo, la comunidad tenía algo claro: el lugar donde decidieron vivir debía reflejar la abundancia que habían encontrado a orillas de la ciénaga. Así fue como, a través de esfuerzo colectivo y con la mirada puesta en un futuro mejor, el caserío se trasladó a su ubicación actual.

Fue hacia el año 1930, en los albores de una nueva etapa política para Colombia, cuando Piñalito experimentó uno de los movimientos poblacionales que marcarían su rumbo futuro. El país vivía el fin de la prolongada hegemonía conservadora y la apertura a las ideas liberales bajo el gobierno de Enrique Olaya Herrera, este viraje ideológico no solo se sintió en los grandes centros urbanos, sino también en los rincones más apartados de la geografía nacional, donde las tensiones políticas de antaño aún resonaban en las conversaciones familiares y en las decisiones cotidianas.

En ese contexto de transición, varias familias liberales provenientes de Tacasaluma tomaron la decisión de abandonar su tierra natal. Las razones no fueron únicamente políticas, aunque estas jugaron un papel determinante; discrepancias locales,

desacuerdos sobre el reparto de privilegios y la búsqueda de nuevos horizontes motivaron a estas familias a mirar hacia el caserío de Piñalito, que por entonces se abría paso entre las aguas de la ciénaga y los senderos de tierra batida, ya conocido por su vocación pesquera y agrícola.

La llegada de estos nuevos pobladores significó un impulso notable para la consolidación del poblado. Se integraron con rapidez a las dinámicas productivas existentes, y aportaron con su trabajo, su visión y su organización social al crecimiento del caserío. Con ellos llegaron nuevas costumbres, oficios y una renovada energía colectiva. Piñalito comenzó a proyectarse no solo como un asentamiento de pescadores y agricultores, sino como una comunidad con carácter, arraigo y ambición de futuro. Estos migrantes, aunque movidos por causas políticas, no trajeron conflicto, sino esperanza. Se unieron al proceso de formación de un tejido social más fuerte, plural y resiliente. Gracias a ellos, se amplió la red de relaciones familiares, se incrementaron las faenas de pesca, se diversificaron los cultivos, y se robusteció el sentido de pertenencia.

Aquel episodio de 1930 fue un punto de inflexión, fue la chispa que consolidó a Piñalito como una comunidad pujante, trabajadora y abierta a la transformación. Las familias venidas de Tacasaluma no solo trajeron consigo las consecuencias de una época de agitación política; trajeron también los cimientos de lo que, con el tiempo, se convertiría en un pueblo digno, trabajador y orgulloso de sus raíces.

Respecto al nombre que eligieron, no fue casual; "Piñalito" simbolizaba la riqueza natural que los rodeaba, gracias a los silvestres cultivos de piñas que se expandían por la región. Esta fruta era un regalo de la tierra que identificaba a los primeros habitantes con el entorno que habían adoptado como propio. En cada piña de agua, como era conocida, crecía la historia de los pescadores, los ganaderos y de todos aquellos que sin miedo a lo desconocido se adentraron en aquel rincón de Bolívar. Los años fueron pasando, y el pueblo continuó creciendo, alimentándose de las vivencias de cada nuevo vecino que llegaba. Las tradiciones se fusionaron, y la vida comunitaria se enriqueció con festividades, cultivos y la inconfundible cultura de su gente. Don Jorge Alberto Vergara

Bolívar, como muchas otras voces en Piñalito, ha narrado cómo cada celebración se convierte en un recordatorio de la unión y la fortaleza de un pueblo que continúa arraigado a sus costumbres y a la tierra que los vio nacer.

Hoy, Piñalito es un símbolo de perseverancia y unidad, un lugar donde la historia de sus fundadores se sigue contando con orgullo. La alegría de la pesca y el ganado se complementa con la dulzura de las piñas, ya desaparecida en la región. Así, la leyenda de sus inicios perdura, inspirando a nuevas generaciones a valorar su herencia y a seguir adelante, con la misma determinación que llevó a aquellos primeros pescadores a construir sus vidas en los playones de la ciénaga del Gallinazo. Con su historia forjada en el agua y la tierra, se ha convertido en un ejemplo de cómo la comunidad puede florecer a partir de sueños compartidos, de la fuerza de trabajar la tierra y de la belleza de una tradición oral que nunca deja de contar su propia historia.

Las Bandas de Música de Vientos de Piñalito

La historia de las bandas de música de vientos de Piñalito es un valioso testimonio de la cultura y la tradición que han tejido la identidad de nuestra comunidad a lo largo de los años. Para contar esta historia, es necesario recordar en esencia las raíces que nos fueron legadas por nuestros antepasados, quienes, como colonos procedentes de pueblos a orillas de los ríos Magdalena, San Jorge y el Cauca, trajeron consigo no solo sus costumbres, sino un profundo amor por la música y el canto. La llegada de estos colonizadores marcó un referente en la conformación cultural de la región, al establecerse en estas tierras, no solo cultivaron la tierra, sino que también sembraron semillas de sonoridad. Las primeras notas que resonaron en el aire fueron aquellas que emergieron de tambores y tambores alegres; instrumentos que viajaron en sus manos junto con sueños y esperanzas. Estas notas comenzaron a tejer una red sonora que unía a la comunidad, convirtiendo cada encuentro en una celebración.

En aquellos días iniciales en Piñalito, las fiestas eran celebraciones comunitarias y llenas de vida. La tambora o el baile cantao eran parte integral de estas festividades,

donde se organizaban “las pascuas”, eventos culturales que invitaban a la comunidad a reunirse. Con instrumentos folclóricos como el tambor, la tambora, las maracas y el millo; los primeros pobladores llenaban de música y alegría cada rincón. A medida que los años transcurrían, nuestro caserío se iba transformando, Comenzaron a llegar músicos de otros pueblos, como la famosa banda de Sincé, que arribaban montados en burros, trayendo consigo la promesa de melodías nuevas y frescas. La gente aportaba, recolectando pescado, yuca, frutas y todo lo que podía servir para hacer “el cambalache” y así compensar a los músicos por su arte.

Entre estos pioneros de la música se encontraba el señor Martín Galván, un hombre tenaz que, con esfuerzo propio, había conseguido una trompeta. Sin maestro ni guía, aprendió por su cuenta dos o tres piezas. Su talento y dedicación pronto lo llevaron a ser el alma de las primeras fiestas que tuviéramos. Era 1915 cuando se llevó a cabo la primera “corraleja” en el pueblo; Martín, con sus dos piezas de trompeta, acompañado de un grupo de tamboras, elevó la energía de la celebración e inspiró a muchos jóvenes a interesarse por la música.

La Formación de la Primera Banda

Fue en el año 1916 cuando, bajo esta nueva efervescencia musical, los músicos decidieron formalizar su agrupación. Gracias a la llegada del maestro Guerrero procedente de Magangué, se pudo conformar la primera banda de música de vientos a la que llamaron “8 de diciembre”, en honor a la celebración de la Inmaculada Concepción. En esta banda, se encontraban Martín Galván, Inocencio Pabuena, Jorge Vergara Galván, Julio Bolívar, Arturo Navarro, Héctor Navarro, Domingo Gamarra, Julio Medina Macías, Bernardo Acosta, Máximo Vergara y Juan María Galván. Cada uno aportaba su talento, su pasión y su deseo de mantener viva la llama de la música en Piñalito.

La Era de los Cambios

Lamentablemente, como sucede con tantas cosas bellas, la banda de música “8 de diciembre” comenzó a desvanecerse. Para 1959, muchos de sus miembros habían partido o dejado de tocar, y la música en Piñalito parecía haber llegado a su ocaso. Sin embargo, la chispa nunca se apagó del todo. Martín Galván, Julio Bolívar y Juan María Galván, sabiendo que aún había amor por la música, deseos y ganas de aprender entre los jóvenes, decidieron que era momento de revivir la tradición.

Así fue como, en 1961, llegó de Magangué, el maestro Manuel Palencia, quien impartió clases de música hasta 1963. Este nuevo esfuerzo dio vida a la segunda versión de la banda “8 de diciembre”, que más tarde adoptaría el nombre de “Ritmo de la Playa”, gracias a un comentario de un famoso locutor de Radio Sincelejo, quien en una de sus acostumbradas transmisiones de corraleja



Banda Ritmo de la Playa

en Galeras, Sucre, donde la Banda 8 de diciembre hacia su presentación, y conocedor de la belleza de la ciénaga de Gallinazos y del entorno natural de Piñalito, anotó: “Esta banda no debe llamarse la 8 de diciembre, debe llamarse Banda Ritmo de la Playa”. En este renacer, Jorge Vergara Bolívar, hijo de Jorge Alberto Vergara Galván, mostró desde temprana edad un notable interés y dedicación por la música, se convirtió en el alumno más destacado. Con el tiempo, se consolidaría como maestro y referente musical, tocando con orquestas reconocidas como la de Chico Cervantes, Casino Monterey y muchas otras bandas de renombre nacional, como la banda de Chochó.

El maestro Vergara no solo se limitó a interpretar música; su pasión por la enseñanza lo llevó a formar y empoderar nuevas generaciones de músicos locales, contribuyendo así al desarrollo de otras bandas, como las de Barranca de Yuca y Tacasaluma. Fue un verdadero maestro formador, quien comprendió la importancia de transmitir la herencia musical a través de las prácticas pedagógicas.

Un Nuevo Comienzo

Entre 1974 y 1975, el maestro Vergara Bolívar tomó la decisión de separarse de la banda “Ritmo de la Playa”, que pasó a ser dirigida por el maestro Bercelio Pabuena. Sin embargo, su amor por la música nunca flaqueó, y junto a sus hijos, decidió en 1978, dar vida a la Banda Santa Cecilia. De esta manera, se cerró un capítulo y se abrió otro, pero siempre con la música como núcleo central.



Ambas bandas, “Ritmo de la Playa” y Banda “Santa Cecilia”, continúan vigentes en la actualidad, siendo símbolos del patrimonio cultural que caracterizan a nuestra región. La historia de las bandas de música de vientos de Piñalito es un reflejo del camino recorrido, donde la perseverancia, el arte y el compromiso con la tradición han permitido que sigamos disfrutando de la música que nos une y nos hace sentir parte de algo más grande.

Capítulo IV

CORREGIMIENTO DE LA VENTURA

IV. CORREGIMIENTO DE LA VENTURA

Generalidades

El corregimiento de La Ventura se encuentra localizado al sur del municipio de Magangué, en el departamento de Bolívar, a una distancia aproximada de 19 kilómetros del casco urbano. Su ubicación geográfica, en medio de una de las regiones más fértiles del sur del departamento, le confiere una especial riqueza natural y productiva, así como una identidad territorial profundamente ligada a sus costumbres y a la naturaleza.

Para acceder a este apacible y acogedor corregimiento se puede tomar la carretera nacional Puerta de Oro–Magangué y desviarse por el corregimiento de Henequén. Desde allí, un camino carreteable de unos 5,3 kilómetros conduce directamente hasta La Ventura; este acceso, como muchos otros que lo comunican con los corregimientos vecinos de Barranca de Yuca y Tres Puntas, depende en gran medida de las condiciones climáticas. En época de verano, los caminos son transitables sin mayores complicaciones; sin embargo, durante el invierno se tornan difíciles, casi intransitables, debido a dos factores: por un lado, la composición arcillosa del suelo convierte el terreno en un barro espeso y pegajoso que dificulta el tránsito de vehículos y animales; por otro lado, el cruce de múltiples arroyos, algunos de gran caudal, interrumpe el paso y recuerda con fuerza la influencia de la naturaleza sobre la vida cotidiana de sus habitantes.

La Ventura está delimitada por varios corregimientos: al norte con Henequén, al oriente con Barranca de Yuca, al sur con Tres Puntas y al occidente con el municipio de Buenavista. Esta red de vecindades ha favorecido el intercambio cultural, comercial y social entre



comunidades, fortaleciendo vínculos que perduran a través de generaciones. El territorio en el que se asienta se caracteriza por su alta productividad agrícola, gracias a la abundancia de aguas subterráneas y superficiales que emergen naturalmente en diversas partes del corregimiento. Estas fuentes hídricas no solo abastecen a la población, sino que riegan sus cultivos y alimentan la biodiversidad de la zona.

La economía local gira en torno a una marcada vocación agropecuaria. La mayoría de sus pobladores se dedican al cultivo de productos de pan coger como arroz, ajonjolí, yuca y patilla, entre otros. La agricultura, practicada mayoritariamente de forma tradicional, se complementa con la ganadería de pequeña y mediana escala, actividad que desde finales del siglo XX ha ido ganando terreno como uno de los pilares productivos de la región. Aunque las prácticas agropecuarias enfrentan desafíos como la falta de vías estables, la estacionalidad de las lluvias y el acceso limitado a tecnología, la comunidad venturera ha sabido sobreponerse con trabajo constante, saberes ancestrales y una fuerte vocación campesina.

El mayor valor del corregimiento, sin embargo, reside en su gente. Los habitantes de La Ventura se distinguen por su amabilidad, hospitalidad y espíritu solidario. Son personas laboriosas, profundamente enraizadas en su territorio, que han sabido resistir los embates del tiempo, del clima y de las transformaciones económicas, sin renunciar a su identidad ni a su forma de vida. Su cultura, su religiosidad, su relación armónica con la tierra y su sentido de comunidad hacen de La Ventura no solo un lugar en el mapa, sino un espacio lleno de historia, dignidad y esperanza.

Reseña Histórica

El corregimiento de La Ventura, un territorio de raíces humildes, cargado de historia oral y memoria viva, que ha sido forjado por el esfuerzo de su gente y la generosidad de la tierra. Su origen no fue trazado por decretos oficiales ni mapas coloniales. No se fundó como otros pueblos con ceremonias religiosas o actas administrativas. La Ventura, como su propio nombre sugiere, nació de la experiencia imprevisible de la vida, del azar, de una aventura.

Según cuentan los antiguos, muchos de ellos ya fallecidos pero presentes en el relato colectivo de los habitantes, el surgimiento de este corregimiento se remonta a los años comprendidos entre 1870 y 1880. Fue una época marcada por intensas sequías que azotaron la región sabanera de lo que hoy se conoce como el departamento de Sucre. Agricultores y ganaderos de localidades como Buenavista, Sincé y otras zonas sucreñas emprendían cada verano una migración forzada con sus semovientes, buscando tierras fértiles y, sobre todo, agua. Esta peregrinación anual los llevó a cruzar lo que en aquel entonces era un paraje casi deshabitado, cubierto de tierras baldías y surcado por arroyos estacionales, llorados y fuentes hídricas naturales que parecían brotar generosamente de la tierra misma.

Fue en una de esas travesías que algunos decidieron detener su marcha. Atraídos por la abundancia de agua y la fertilidad del terreno, decidieron permanecer durante más de una temporada. Aquel lugar, sin nombre aún, se convirtió en refugio y oportunidad. El relato popular afirma que los primeros en quedarse fueron miembros de familias de apellido Benavides, quienes, al igual que otros que llegaron después, no fueron oriundos del sitio, sino colonos en busca de mejores condiciones de vida. Su decisión de asentarse no fue estratégica ni planificada, fue, sencillamente, una aventura con la esperanza de un futuro más estable.

Entre las voces que nutren esta historia se encuentran personajes memorables como Lázaro Dávila, Luis Magín Cruz, conocido en la comunidad como “La Biblia” por sus vastos conocimientos empíricos pese a su analfabetismo, y Antonio Vásquez; Ellos, junto con otros pioneros, no sólo sobrevivieron a las inclemencias del entorno, sino que comenzaron a transformar ese paraje inhóspito en un caserío agrícola. Con el tiempo, las visitas estacionales se transformaron en residencia permanente. Aquellos que llegaban con sus ganados para quedarse uno o dos meses, comenzaron a establecer viviendas, a sembrar y a construir vida.

La Ventura creció bajo la sombra protectora de la agricultura. En sus suelos se cultivaron con éxito productos como yuca, maíz, ajonjolí y ñame. Esta riqueza agrícola

atrajo a más personas que venían a trabajar la tierra y, al ver su productividad, decidían quedarse. Así se consolidó un caserío que, hacia finales del siglo XIX, ya era reconocido como una pequeña comunidad en expansión. Fue hacia 1890 o 1895, según recuerdan los ancianos, cuando se le otorgó oficialmente la categoría de corregimiento, lo cual implicó una forma incipiente de institucionalización y reconocimiento político-administrativo.

No obstante, la prosperidad de La Ventura no fue lineal ni permanente. Con el paso del tiempo, la economía agrícola comenzó a enfrentar múltiples desafíos. Los precios de los insumos agrícolas aumentaban constantemente, el acceso a la maquinaria era escaso o inexistente, y el comercio estaba dominado por intermediarios de Magangué que pagaban precios bajos por las cosechas. Las esperanzas de progreso a través de la tierra fueron menguando. A esto se sumaba la falta de infraestructura básica, como escuelas adecuadas o centros de salud, lo que hacía que los jóvenes crecieran con pocas oportunidades de desarrollo.

A partir de la década de 1960, La Ventura comenzó a vivir uno de sus capítulos más significativos en términos sociales: la emigración masiva de su juventud. Los hombres, presionados por la falta de oportunidades económicas, comenzaron a migrar hacia Venezuela, que para ese entonces se presentaba como una tierra de promesas laborales, especialmente en sectores como la construcción y el petróleo. Por años, el sustento de muchas familias ventureras dependió del dinero que los hombres enviaban desde ese país hermano.

Simultáneamente, las mujeres comenzaron también su propia travesía. Ante la falta de empleo y educación en la región, muchas encontraron en las grandes ciudades colombianas, particularmente Medellín, una vía para mejorar sus condiciones de vida. Se dedicaron en su mayoría al trabajo doméstico, convirtiéndose en sostén económico y emocional de sus familias. Durante las décadas de 1970, 1980 y 1990, se estima que entre un 60% y 70% de la población femenina adulta de La Ventura se encontraba trabajando fuera del corregimiento. Medellín, en tiempos complejos y convulsos, como los años de

Pablo Escobar, se convirtió en un destino común para estas mujeres, cuya labor silenciosa ayudó a sostener la economía de su tierra natal.

El fenómeno migratorio transformó profundamente la estructura social de La Ventura. Las casas se vaciaban de hombres jóvenes durante años; las mujeres asumían el rol de cabeza de hogar, de educadoras, de administradoras del campo. Se tejió así una comunidad resiliente, acostumbrada al trabajo duro, solidaria en su cotidianidad y profundamente arraigada a su identidad campesina.

En medio de estas transformaciones, hubo un personaje cuya huella marcó profundamente la historia reciente de La Ventura. El profesor Winston Vanegas recuerda con claridad a Sr. Hermes de la Ossa, un reconocido latifundista que dedicó su vida a la ganadería de ceba y la cría de caballos de paso fino; Don Hermes de la Ossa, que en paz descansa, poseía grandes extensiones de tierra en la región, y aunque no era partidario de fiestas ni celebraciones populares, mantenía una firme vocación de servicio hacia la comunidad. Influenciado en parte por la formación religiosa de su esposa, quien había pasado por un convento, su interés se centró en apoyar proyectos de beneficio común: la construcción de la iglesia, el cementerio y las vías, obras que aún hoy se reconocen como fundamentales en el desarrollo del corregimiento.

Don Hermes de la Ossa expresó en vida su deseo de que, una vez él faltara, sus tierras quedaran en manos de la comunidad, y así fue. Falleció repentinamente de un infarto, y su esposa, sin los conocimientos para manejar extensas tierras ni ganados, decidió cumplir la voluntad de su esposo. En ese momento, la comunidad, cansada del éxodo constante hacia Venezuela y Medellín, vio una oportunidad única para cambiar su destino. Las mujeres, que ya habían aprendido a organizarse, jugaron un papel crucial en este proceso. Junto con los hombres, formaron grupos familiares y, a través del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), solicitaron la adjudicación de esas tierras.

El resultado fue un hito en la historia local: el INCORA compró las tierras, aproximadamente 400 hectáreas, las adjudicó a unas 60 familias campesinas de La Ventura. Con este acto, no sólo se consolidó el arraigo de muchas de estas familias, sino

que se generó un renacer agrícola, una nueva esperanza que permitió a muchos quedarse y trabajar en su propia tierra, con dignidad y con propósito. Este hecho marcó una transición clave en el corregimiento.

Hoy, La Ventura continúa siendo un reflejo de esa historia de valentía, solidaridad y resistencia. A pesar de los desafíos, conserva su esencia agrícola, su tejido humano forjado por el trabajo colectivo, y una identidad profunda que se resiste al olvido. Su historia, tejida por las voces de sus habitantes, no figura en los libros oficiales, pero vive intensamente en la memoria de quienes aún caminan sus caminos de tierra, siembran bajo el sol ardiente y recuerdan con orgullo que su pueblo nació no de una planificación, sino de una aventura, y que fue forjado, sobre todo, por la voluntad firme de no rendirse ante el abandono.

Reseña Educativa

La educación en el corregimiento de La Ventura es, al igual que su origen, una travesía de esfuerzo colectivo, sueños postergados y avances contruidos a pulso. Durante buena parte del siglo XX, la educación no fue entendida en esta comunidad como una vía para el desarrollo o el progreso, sino como una actividad secundaria, ajena a las urgencias cotidianas del campo. Como recuerda el profesor Wiston Vanegas, en sus inicios, la educación se asumía simplemente para “no ser igual al papá”, pues la mayoría de los adultos eran analfabetas y no había una tradición de escolarización formal. Las prioridades estaban en la siembra, el pastoreo, la supervivencia diaria, no en los cuadernos ni en la lectura.

Fue en las décadas de 1970 y 1980 cuando la semilla de la educación comenzó a germinar en La Ventura. El proceso fue paulatino, marcado por pequeños hitos y figuras pioneras que decidieron romper con la inercia del abandono. Según el relato del profesor Vanegas, fue su propia familia una de las primeras en abrir camino. Dos de sus primos fueron enviados a Magangué a cursar el bachillerato. Ese gesto, en apariencia modesto, abrió las puertas a nuevas posibilidades. Los jóvenes ya no se quedaban solo hasta

tercero o quinto grado, sino que comenzaban a mirar más allá de las fronteras del corregimiento.

La apertura del colegio de bachillerato en el corregimiento vecino de Barranca de Yuca, Santa Bárbara, fue un punto de inflexión. La posibilidad de cursar la secundaria relativamente cerca encendió una chispa colectiva. En 1986, Wiston Vanegas y su primo Emirton se convirtieron en los dos primeros estudiantes ventureros que se trasladaron a Barranca para culminar sus estudios. Fueron la primera promoción de bachilleres con estudiantes provenientes de La Ventura, y su ejemplo pronto fue seguido por otros; Al año siguiente, seis estudiantes más emprendieron el mismo camino. Luego fueron ocho, diez, y así sucesivamente, hasta consolidarse una corriente creciente de jóvenes que, gracias al acceso a la educación secundaria, comenzaron a soñar con la universidad y con una vida distinta.

Sin embargo, la realidad seguía siendo precaria. Las primeras experiencias escolares en La Ventura fueron impulsadas directamente por la comunidad. La educación comenzó de manera rudimentaria: un caney construido con materiales locales, organizado colectivamente, sirvió como primera escuela. Fue el municipio quien, con el paso del tiempo, comenzó a prestar apoyo nombrando a los primeros docentes oficiales. Entre estos nombres figuran la profesora Rita Arango y otro docente de apellido Ravelo. Posteriormente, hacia 1980, el profesor Álvaro Gutiérrez fue designado como coordinador rural y asumió un papel central en la consolidación educativa del corregimiento. Junto a las profesoras Zenith Aria y Luz Helena, iniciaron la formación sistemática de los niños del corregimiento, construyendo dos aulas con el respaldo de la administración local y el esfuerzo constante de la comunidad.

Durante los años 80 y principios de los 90, la escuela trabajaba con jornadas dobles: dos cursos en la mañana y tres en la tarde. Solo había tres docentes, y ante la demanda creciente, comenzaron a llegar profesores por contrato, muchos de los cuales ni siquiera tenían formación docente formal, sino estudios hasta séptimo, octavo o noveno grado. Fue en 1994 o 1995 cuando el profesor Álvaro se retiró, y su lugar fue

ocupado por el profesor Leopoldo Gómez, quien venía de la zona del río y asumió el cargo de director rural.

Con su llegada, se vivió una etapa de renovación. El cuerpo docente aumentó a cinco o seis profesores. La demanda creció, la comunidad valoraba cada vez más el acceso a la educación, y los salones ya no daban abasto. Fue entonces cuando surgió la necesidad de un nuevo espacio; El sitio original donde funcionaba la escuela era limitado, pero la comunidad contaba con un terreno donado anteriormente por INCORA, destinado inicialmente a un centro de capacitación. Allí, con la visión de la doctora María Adelina Corcioni, se habían dispuesto alrededor de 120 pupitres, con la idea de convertirlo en un centro para la formación de jóvenes rurales. Sin embargo, por falta de apoyo institucional y por una desafortunada interpretación de las actividades juveniles que allí se realizaban, donde llegaron a circular rumores infundados sobre formación guerrillera, el sitio fue abandonado, la maleza lo cubrió y el olvido se impuso.

Pero ese terreno seguía siendo una oportunidad latente. Ante la falta de espacio en la sede antigua, el profesor Leopoldo fue llevado por la comunidad al lugar, y decidieron reactivarlo. No hizo falta comprar tierra, pues el espacio ya pertenecía a la comunidad, Fue así como en 1995 se trasladó la sede educativa a este nuevo lugar, dando paso a una etapa de crecimiento académico sostenido. Se comenzó a ofrecer educación básica. En 1997 y 1998 se iniciaron los grados sexto y séptimo, y en 1999 se completó el ciclo hasta noveno grado. La comunidad educativa de La Ventura parecía estar alcanzando un hito que por décadas había parecido inalcanzable: una institución que ofrecía educación básica completa, en su propio territorio, sin depender del traslado forzado de sus jóvenes.

Sin embargo, este crecimiento fue interrumpido por la aplicación de la Ley 115 de 1994, que promovía la fusión de escuelas rurales bajo un modelo de Institución Educativa. Fue entonces cuando las escuelas de Piñalito, Tacasaluma, Tres Puntas, San Antoñito y La Ventura fueron fusionadas a la institución educativa de Barranca de Yuca, conformando la INETA Santa Bárbara, hacia finales de 1999 o inicios del 2000. Aunque

esta fusión obedecía a criterios administrativos, fue percibida en La Ventura como una medida injusta. La comunidad ya había construido un proyecto educativo propio, contaba con siete docentes y aspiraba a convertirse en concentración educativa, es decir, en un centro con autonomía y capacidad para recibir estudiantes de varios corregimientos cercanos.

La fusión, sin embargo, disolvió esta aspiración. Corregimientos como Tres Puntas comenzaron a enviar a sus estudiantes a Barranca, Emaús se vinculó a Juan Arias, y otras zonas rurales se conectaron con Henequén. La Ventura quedó aislada en términos educativos, con una disminución notoria en la matrícula. Ya no cumplía con los criterios exigidos por la Ley para mantener su estatus anterior. Se acordó, entonces, que la sede de La Ventura mantendría hasta séptimo grado, apoyada con horas extra asignadas por la institución madre en Barranca. Esta medida permitió continuar con la formación básica, aunque bajo limitaciones claras.

La historia educativa de La Ventura es un espejo de las luchas del campo colombiano por acceder a derechos fundamentales. Es el relato de una comunidad que, pese a la migración forzada, al olvido institucional y a la precariedad de medios, logró sembrar la semilla de la educación en sus hijos. Fue una construcción colectiva, apoyada por docentes pioneros, por madres y padres comprometidos, por jóvenes que soñaron con romper los ciclos de pobreza y marginación.

Hoy, aunque muchos de sus jóvenes aún deben migrar a las grandes ciudades para buscar oportunidades laborales, y aunque la educación superior sigue siendo un sueño esquivo para muchos por razones económicas, La Ventura conserva el orgullo de haber formado, desde sus propias raíces, a sus primeros profesionales. Su escuela no solo ha sido un centro de aprendizaje, sino un símbolo de resistencia y dignidad. En sus aulas aún resuena el eco de aquellas primeras clases bajo un caney, y el anhelo de seguir construyendo un futuro donde la educación sea no solo una posibilidad, sino una certeza.

Cultura y Tradiciones

La historia cultural del corregimiento de La Ventura es un entramado de tradiciones, migraciones, música, espiritualidad, gastronomía y prácticas comunitarias que han configurado la identidad colectiva de sus habitantes. Desde la mirada atenta del profesor Wiston Vanegas, se reconstruye una memoria viva, cargada de relatos familiares, celebraciones populares, creaciones musicales y vínculos profundos con la tierra.

La cultura en La Ventura no puede comprenderse sin mirar al pasado ancestral de la región, donde las formas de vivir, celebrar y comunicarse eran herencia directa de prácticas africanas, indígenas y campesinas. En este cruce de caminos entre la cultura sabanera y la del río, específicamente del Magdalena, Cauca y San Jorge, la comunidad venturera desarrolló un sincretismo expresivo que hoy se reconoce como su huella distintiva. Uno de los elementos que mejor expresaba esta identidad fue 'la tómbola', una forma particular de diversión comunitaria heredada, posiblemente, de las primeras décadas del siglo XX. La tómbola no era simplemente un baile: era un dispositivo cultural donde se entretajían música, economía y género. En una caseta montada con esfuerzo comunitario, un sonido, que inicialmente fue una radiola y más adelante se conoció como "pickó", ponía el ambiente festivo. Las mujeres asistían y compraban tiquetes; los hombres, deseosos de bailar con ellas, debían pagar por el derecho de ese encuentro danzante. Parte del pago era para la dama, lo que dotaba a la tómbola de un matiz económico y social particular, casi una inversión de roles donde la mujer adquiría un lugar central.

Sin embargo, si hay un símbolo que condensa la herencia cultural venturera es 'la Pascua'. Esta celebración tradicional, realizada en la época navideña, aunque posteriormente se desplazó hacia fechas como el 8 de diciembre, consistía en un baile cantao de tambora; Alrededor de tambores, llamadores y cajas, la gente improvisaba versos y coreografías. A diferencia de otras regiones donde estos cantos eran más estructurados, en La Ventura imperaba la improvisación como recurso expresivo, donde

el verso nacía del momento, del sentir del cuerpo y del ritmo de los tambores. Esta práctica, de profunda raíz africana, vincula a La Ventura con las antiguas figuras palenqueras de la rivera del Magdalena, lo que demuestra una clara herencia del río y su cultura.

La mezcla cultural se intensificó con las migraciones. Durante la sequía, ganaderos de Buenavista bajaban buscando agua, y al hallar tierras productivas se quedaban. Otros venían desde la sabana, trayendo consigo prácticas agrícolas, costumbres ganaderas y gastronomía típica. Más tarde, incluso, durante la Guerra de los Mil Días, La Ventura se volvió refugio de personas desplazadas por la violencia, lo cual consolidó la región como crisol de culturas. Este tránsito humano no solo transformó la demografía, sino también el repertorio cultural del corregimiento.

A nivel gastronómico, la fusión entre río y sabana también está presente. La dieta venturera se nutre tanto de los productos del campo como de la pesca. Aunque no poseen acceso directo al río, los lazos comerciales con comunidades ribereñas como Piñalito permitieron incorporar el pescado como alimento esencial. Al mismo tiempo, se conservan sabores sabaneros como el mote de queso, el arroz con coco y el chicharrón, especialmente durante la Semana Santa.

Dentro de esa misma Semana Mayor, emerge otro elemento clave: el 'Festival del Dulce'. Esta celebración, todavía vigente, rinde homenaje a los sabores tradicionales; dulces como el de guandú y orejero, productos autóctonos de la región, son preparados con esmero. Acompañando estas festividades, se juega 'la Cucurubá', un juego ancestral que convocaba a personas de los pueblos vecinos: Piñalito, Henequén, Barranca; Jugado solo durante Semana Santa, reforzaba la cohesión social y el sentido de pertenencia.

Pese al paso del tiempo y la globalización cultural, La Ventura sigue produciendo artistas y talentos populares. Músicos como Emilerto, un compositor analfabeta pero con una prodigiosa capacidad para crear versos y canciones; Abel Valencia, compositor vallenato; José Ángel Barroso, que hoy tiene su grupo musical en Medellín; y jóvenes

como José Gabriel López o Santiago, quien fusionó reggaetón con raíces locales, son ejemplos de cómo la tradición musical venturera sigue reinventándose.

En cuanto a la caza, que históricamente complementó la dieta local, era común encontrar en los platos proteínas provenientes de la fauna silvestre: conejo, armadillo, venado, iguana, guartinaja y el mico rojo. La abundancia de fauna responde a la riqueza natural del territorio. De hecho, aún sobreviven especies como el mono cotudo, visible en los árboles que bordean los arroyos y cuya presencia es considerada un símbolo viviente del patrimonio natural local.

Los arroyos de Juan Aria, el Arroyo Grande, y otros que descienden desde San Pedro, Sucre, hasta Tacasaluma y Piñalito, no solo han sido fuentes de agua y alimento, sino espacios sagrados donde se desarrolla la cotidianidad venturera. Sus nombres, sus rumbos y su historia, hacen parte del tejido identitario de la región.

Una historia particular en la toponimia local es la de 'la Loma de la Tigra', cuyo nombre proviene, según algunas versiones, de la caza de una tigra que fue enterrada en esa colina. Otra versión señala que, durante el invierno, la loma se torna casi intransitable y "feroz", de ahí su nombre. Ambas narrativas, orales y simbólicas, evidencian la forma en que el entorno natural se entrelaza con la memoria y el relato popular.

Finalmente, el componente religioso ha tenido un papel fundamental en la identidad de La Ventura. La fe católica, especialmente la devoción a la Virgen del Rosario ha sido una constante; La imagen de la Virgen era considerada milagrosa y venerada por toda la comunidad. Sin embargo, a comienzos de los años 2000, fue robada junto con el Nazareno de Cascajal, en un hecho que marcó profundamente a los creyentes. Aunque el Nazareno fue recuperado, la Virgen del Rosario nunca reapareció, y su ausencia dejó un vacío espiritual que aún hoy se recuerda con nostalgia. Con el tiempo, se trajo una nueva imagen, pero la original sigue siendo recordada con fervor como un símbolo de los tiempos más intensos de religiosidad comunitaria.

Así, La Ventura es más que un corregimiento, es una confluencia de historias, saberes, músicas y sabores. La cultura aquí no se ve como un adorno, sino como la raíz profunda que explica quiénes son, cómo viven y por qué luchan por preservar lo que aún queda de su memoria viva. Aunque los procesos económicos, como el auge de la pequeña ganadería desde la década de los 90, han desplazado algunas prácticas culturales, todavía persiste el deseo de recuperar, narrar y revitalizar lo que les pertenece: su cultura, su voz, su historia.

Capítulo V

TACASALUMA

V. TACASALUMA

Origen y fundación de Tacasaluma

En la segunda mitad del siglo XVIII la monarquía borbónica impulsó en la Nueva Granada una política activa de “reducir” y congregar poblaciones dispersas, indígenas, afrodescendientes y campesinos, en asentamientos formales con el fin de facilitar la administración, el cobro de tributos y la evangelización. Esa política se instrumentó mediante comisionados militares y civiles que recorrieron la Provincia de Cartagena entre 1774 y 1778 creando o reorganizando numerosos pueblos ribereños (estudios sobre las reformas borbónicas y las salidas de congregación). En este proceso se inscribe la acción del teniente Antonio de la Torre y Miranda, figura central para explicar la génesis de varias poblaciones del Bajo Magdalena (Real Academia de la Historia, s.f.; estudios sobre las salidas de 1774–1778).

La tradición documental y la historiografía local registran que, como parte de esa campaña de congregación, Antonio de la Torre y Miranda refundó o formalizó la organización de la villa de Magangué el 28 de octubre de 1776 y promovió, en los días inmediatamente posteriores, la creación o reorganización de varios caseríos y centros poblados de su jurisdicción. En los listados que recogen las “salidas” de De la Torre aparecen fechas concretas (24–30 de octubre y el 1 de noviembre de 1776) asociadas a poblaciones como Cascajal, Tacaloe, Magangué, San Sebastián de Madrid, El Retiro y Tacasaluma; en dichos compendios Tacasaluma figura con la fecha del 1 de noviembre de 1776 (investigaciones municipales y compilaciones históricas sobre Magangué). Esta enumeración es coherente con la ruta documental de De la Torre y con la cronología de su misión de congregación en la Provincia de Cartagena.

Sin embargo, es importante matizar la naturaleza de esa “fundación”: en el contexto colonial la palabra fundar o refundar a menudo significaba reencuadrar poblaciones preexistentes, comunidades indígenas o caseríos ribereños, bajo nuevas normas de residencia, trazado, parroquia y registro civil. Por tanto, más que crear de la

nada un poblado, la gestión de De la Torre suele implicar desplazar, reagrupar y formalizar asentamientos ya existentes (anotaciones interpretativas en los estudios sobre las reformas borbónicas). En el caso de Tacasaluma, la evidencia disponible en fuentes municipales y en la bibliografía sobre las salidas de De la Torre sugiere que hubo una formalización administrativa el 1 de noviembre de 1776, fecha consignada en los listados consultados, pero esto no descarta una ocupación anterior por poblaciones aborígenes (investigación municipal; estudios académicos sobre las salidas).

Desarrollo histórico y transformaciones

El devenir de Tacasaluma no puede comprenderse sin situarlo en la dinámica mayor del municipio de Magangué y de la Depresión Momposina. Desde su fundación formal en 1776, bajo la misión congregadora de Antonio de la Torre y Miranda, el corregimiento quedó inserto en una geografía marcada por los ritmos del río Magdalena y la compleja red de ciénagas y caños que determinan la vida social y económica de la región (Alcaldía de Magangué, 1997).

Durante el siglo XIX, el auge del puerto de Magangué transformó la región en un nodo estratégico de comercio fluvial. La introducción de la navegación a vapor permitió intensificar la circulación de arroz, yuca, tabaco y ganado, productos que transitaban desde los corregimientos hacia los mercados nacionales e internacionales (Meisel, 2019). Aunque Tacasaluma permaneció como una comunidad rural, su población participaba en este circuito económico mediante la agricultura de subsistencia y el suministro de excedentes agrícolas y pesqueros. El puerto actuó, pues, como polo de atracción y al mismo tiempo como foco de desigualdades: mientras la cabecera crecía en importancia, los corregimientos quedaron relegados en cuanto a inversión y servicios.

El siglo XX trajo consigo nuevas transformaciones. La ampliación de la frontera agrícola y los procesos de desecación de ciénagas para habilitar tierras de cultivo alteraron profundamente el paisaje de Tacasaluma y sus alrededores (Reichel-Dolmatoff, 1985). Estas modificaciones ambientales, sumadas a las crecidas periódicas del Magdalena, situaron a la población en una condición de vulnerabilidad permanente

frente a inundaciones y pérdida de cultivos. El Plan de Ordenamiento Territorial de Magangué reconoce a Tacasaluma entre los territorios con mayor exposición a riesgos ambientales, situación que limitó su desarrollo sostenido (Alcaldía de Magangué, 1997).

A nivel social, la comunidad vivió procesos de migración campo-ciudad, especialmente en la segunda mitad del siglo XX. Jóvenes y familias completas se desplazaron hacia la cabecera de Magangué o hacia ciudades mayores como Barranquilla y Cartagena en busca de empleo y educación, dejando al corregimiento con una población más envejecida y dependiente de economías de subsistencia (DANE, 2018 citado en CityPopulation, 2022).

En términos culturales, Tacasaluma mantuvo vivas sus tradiciones comunitarias. La creación y continuidad de la banda 13 de Diciembre, emblema cultural del corregimiento, refleja cómo la música se convirtió en un mecanismo de cohesión social y de afirmación identitaria en medio de las limitaciones materiales (Caracol Radio, 2019).

Más recientemente, a partir de la segunda década del siglo XXI, el corregimiento ha experimentado un giro importante en su historia con la llegada de obras de infraestructura. La construcción del acueducto rural inaugurado en 2024 garantizó por primera vez cobertura plena de agua potable, mejorando de manera radical las condiciones de vida (El Universal, 2024). Ese mismo año, la pavimentación del tramo vial que conecta Tacasaluma con Barranco de Yuca redujo el aislamiento histórico y abrió nuevas posibilidades para la movilidad de personas y mercancías (NotiCartagena, 2024).

En suma, el desarrollo histórico de Tacasaluma revela un contraste constante: entre la riqueza natural y cultural de su entorno y las recurrentes exclusiones en materia de infraestructura y servicios; entre la centralidad del puerto de Magangué y la marginalidad de sus corregimientos; entre la resiliencia comunitaria y la persistente vulnerabilidad ambiental. Hoy, tras más de dos siglos desde su fundación, Tacasaluma transita hacia una etapa donde la inversión pública comienza a revertir el rezago histórico y a proyectar nuevas posibilidades para su población.

Demografía y sociedad

La demografía de Tacasaluma refleja los rasgos comunes de los corregimientos rurales de la Depresión Momposina, aunque con particularidades locales. Según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2018, el corregimiento contaba con 827 habitantes, cifra que evidencia su carácter de población pequeña y dispersa (DANE, 2018 citado en CityPopulation, 2022). La distribución etaria presenta una base juvenil amplia, pero con un fenómeno creciente de migración hacia la cabecera de Magangué y hacia ciudades portuarias como Barranquilla y Cartagena, lo que genera desequilibrio entre población joven y adulta mayor (Alcaldía de Magangué, 1997).

El tejido social se organiza en torno a la Junta de Acción Comunal, la figura del corregidor y las redes familiares. Esta organización es esencial en un contexto donde la presencia estatal ha sido históricamente débil, y donde los liderazgos comunitarios asumen roles de gestión de servicios, solución de conflictos y promoción cultural (Alcaldía de Magangué, 1997).

Los indicadores socioeconómicos de Tacasaluma son similares a los de otros corregimientos del Bajo Magdalena: alta dependencia de la agricultura de subsistencia y de la pesca artesanal, bajos niveles de ingreso y un porcentaje elevado de necesidades básicas insatisfechas. La combinación de aislamiento geográfico, riesgo ambiental y migración juvenil ha limitado las oportunidades de acumulación de capital humano (Meisel, 2019). No obstante, los recientes proyectos de infraestructura (acueducto y vías) abren una ventana de cambio al mejorar las condiciones de salud, transporte y acceso a mercados (El Universal, 2024; NotiCartagena, 2024).

Cultura y memoria

Si bien Tacasaluma es un poblado pequeño, su riqueza cultural constituye uno de los pilares de su identidad. La música desempeña un rol central: la banda 13 de diciembre, fundada por músicos locales, se ha consolidado como emblema de la comunidad. Su repertorio de porros, fandangos y cumbias acompaña las fiestas patronales y actos

cívicos, constituyendo un canal de transmisión intergeneracional de saberes musicales (Caracol Radio, 2019).

La oralidad ocupa un lugar fundamental en la construcción de memoria. Ancianos del corregimiento narran historias de los grandes crecientes del Magdalena, de la llegada de Antonio de la Torre y Miranda en 1776, y de personajes que marcaron la vida comunal. Estas narraciones no solo conservan hechos históricos, sino que también producen un sentido de pertenencia compartido (Reichel-Dolmatoff, 1985).

Las prácticas religiosas y festivas refuerzan la cohesión social. Las celebraciones patronales, enmarcadas en la religiosidad popular caribeña, combinan procesiones, misas y música de viento, mostrando la continuidad de un catolicismo popular que, más que doctrina, constituye un espacio de encuentro comunitario (Alcaldía de Magangué, 1997).

En este sentido, la cultura de Tacasaluma encarna lo que Reichel-Dolmatoff (1985) describe como la “ecología simbólica” de los pueblos ribereños, una forma de vida donde el agua, la música y la fe se entrelazan como soportes de identidad. A través de su banda, de sus relatos y de sus fiestas, los tacasalumeros han mantenido viva una memoria colectiva que ha resistido al aislamiento y a la precariedad, proyectándose hacia el futuro con orgullo y resiliencia

Referencias

- Alcaldía de Magangué. (1997). *Investigación: Magangué. Diagnóstico socioespacial y ambiental del municipio* (informe municipal). Magangué. ccmagangue.org.co
- Caracol Radio. (2019, 5 de diciembre). Banda 13 de diciembre de Tacasaluma celebra su aniversario. Recuperado de <https://caracol.com.co>
- CityPopulation. (2022). Magangué (Municipio, Bolívar, Colombia) – población de Tacasaluma. Recuperado de <https://citypopulation.de>
- DANE. (2018). Censo Nacional de Población y Vivienda. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística.
- El Universal. (2024, 12 de marzo). Entregan acueducto en Tacasaluma, Magangué. Cartagena: El Universal.
- Meisel, A. (2019). La economía de la Depresión Momposina en perspectiva histórica. Cartagena: Banco de la República.
- NotiCartagena. (2024, 27 de abril). Gobernación inaugura vía Barranco de Yuca– Tacasaluma. Recuperado de <https://noticartagena.com>
- Reichel-Dolmatoff, G. (1985). Los Kogi: una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá: Procultura.
- CityPopulation. (2022). Magangué (Municipio, Bolívar, Colombia) – población de Tacasaluma. Recuperado de <https://citypopulation.de>
- El Universal. (2024, 12 de marzo). Entregan acueducto en Tacasaluma, Magangué. Cartagena: El Universal.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1985). Los Kogi: una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá: Procultura.

Real Academia de la Historia. (s.f.). *Antonio de la Torre y Miranda* (ficha biográfica).

Recuperado de la base de biografías históricas. historia-hispanica.rah.es

Universidad del Atlántico / estudios sobre reformas borbónicas. (s.f.). *Fundaciones y refundaciones: salidas de Antonio de Torre y Miranda (1774–1778)* (compilación / artículo).

Capítulo VI

CORREGIMIENTO DE TRES PUNTAS

VI. CORREGIMIENTO DE TRES PUNTAS

Generalidades

Tres Puntas es un centro poblado rural ubicado en el área suroccidental del municipio de Magangué (Bolívar), identificado en la base de centros poblados del DANE /DIVIPOLA con las coordenadas aproximadas 9.189725 N, -74.893174 W. Administrativamente figura como centro poblado de Magangué y forma parte del conjunto de poblaciones rurales del corregimiento mayor de Barranco de Yuca en la zona conocida localmente como la sabana de Magangué. Según el censo nacional de 2018, su población registrada fue de 242 habitantes. Estos datos permiten ubicar a Tres Puntas tanto en términos territoriales como demográficos dentro del entramado rural del Magdalena Medio bolivarense.

La toponimia local, “Tres Puntas”, alude a una condición geométrica y funcional: el asentamiento surge en un cruce o confluencia de caminos que comunican hacia Ventura, Barranca y Galera, lo que explica su papel tradicional como punto de tránsito y encuentro en una región de dispersos caseríos y vías terciarias. Su emplazamiento en la sabana y la proximidad a ciénagas y playones determinan un clima cálido y ambientes susceptibles a variaciones hídricas estacionales, rasgos determinantes en las prácticas productivas y en la organización del territorio regional.

Reseña histórica

La formación del caserío de Tres Puntas se inscribe en los procesos de poblamiento campesino de la primera mitad del siglo XX. La memoria oral recogida por los habitantes sitúa los primeros asentamientos estables alrededor de 1905, con la llegada de familias, entre ellas la estirpe Severiche, que aportaron solares y derechos de tierra heredados. Esos primeros ranchos, descritas como “cinco casas en medio del monte”, fueron el núcleo que, con donaciones de solares y organización comunitaria, permitió la conformación del caserío hacia la mitad del siglo. Muchos de los primeros predios y lugares comunitarios (por ejemplo, el terreno destinado a la escuela

primigenia) provienen de cesiones y donaciones familiares, un hecho que evidencia la dinámica de autogestión patrimonial que suele caracterizar los orígenes rurales en la región.

En términos administrativos, Tres Puntas experimentó una transición jurisdiccional: inicialmente ligado a distritos y veredas cuyo acceso político y electoral se orientaba a Galera (departamento de Sucre), con el tiempo, y en procesos de demarcación y reglamentación de límites departamentales y municipales, el caserío pasó a integrarse formalmente en Bolívar y quedó adscrito al municipio de Magangué. Documentos y testimonios locales registran que esta reasignación implicó ajustes en la prestación de servicios y en la orientación de las dinámicas clientelistas y de beneficencia municipal, proceso similar al registrado en otros núcleos rurales del municipio.

Contexto social y demográfico

Tres Puntas presenta una estructura social clásica de comunidad rural: familias extendidas, la prevalencia de lazos de parentesco, y la convivencia intergeneracional como mecanismo central de reproducción social. La llegada, a lo largo del siglo XX, de familias procedentes de las sabanas colindantes (Sucre y sectores aledaños) incrementó la heterogeneidad de los linajes locales, pero no rompió una matriz social marcada por la reciprocidad, el trabajo comunal y la solidaridad en tareas productivas y rituales (fiestas patronales, construcción de la iglesia, arreglos de vías locales).

Demográficamente, los censos indican una población reducida (242 habitantes, 2018), lo que define una comunidad de baja densidad humana y con dinámicas migratorias de salida, especialmente de jóvenes hacia Magangué y ciudades costeras como Cartagena, en búsqueda de educación media, empleo o servicios de salud no disponibles en el ámbito local. Ese patrón migratorio es consistente con la tendencia general de las áreas rurales del municipio, donde la oferta educativa y de empleo limita las trayectorias locales de movilidad social.

Economía y transformaciones productivas

Históricamente, la economía local se ha sustentado en la agricultura de autoconsumo, la ganadería menor y, en menor medida, en labores asociadas a fincas y hatos de la región, actividades complementadas por prácticas de caza y recolección en épocas pasadas, Cultivos de pancoger (yuca, plátano, maíz) y la explotación pecuaria para autoconsumo marcaron la pauta productiva; además, la relación con hacendados regionales (por ejemplo, la finca que en la memoria local se denominó Monterrey) generó empleo asalariado intermitente que durante décadas sostuvo parte de la economía doméstica.

A partir de fines del siglo XX y comienzos del XXI se registra una concentración de la tierra y cambios en la titularidad de predios que, según el testimonio comunitario, redujeron la demanda de mano de obra local y restringieron el acceso a beneficios informales (ej., entrega de leche o pequeñas ayudas de subsistencia) que antes caracterizaban la relación entre patronos y campesinos. Esa transición ha tenido efectos socioeconómicos evidentes: disminución de fuentes laborales locales, mayor precariedad y necesidad de migración laboral externa. La literatura sobre Magangué y sus corregimientos documenta este tipo de dinámicas de abandono y centralismo en la provisión de bienes públicos, que afectan la sostenibilidad de economías rurales dispersas.

Cultura, prácticas religiosas y memoria colectiva

La festividad principal del corregimiento está vinculada a la Virgen del Carmen, cuyo culto y celebración concentrada en julio constituye el eje ritual y festivo de la comunidad. La iglesia parroquial, construida y mantenida mediante esfuerzo comunitario, es el centro simbólico y organizativo de esas conmemoraciones. Las celebraciones patronales combinan prácticas litúrgicas con actividades sociales (recolección de fondos, contrataciones musicales, comidas comunitarias) que refuerzan el tejido social local.

En el repertorio cultural también destacan prácticas alimentarias tradicionales, el mote con queso y otras preparaciones campesinas; y expresiones musicales locales: si bien Tres Puntas no dispone de una banda propia de relevancia, ha producido instrumentistas y músicos populares, que solían contratar agrupaciones de poblaciones vecinas para las festividades. La preservación de fotografías, relatos de centenarios y la memoria de figuras fundadoras, como Alfonsina Severiche, constituyen elementos clave de la identidad histórica.

Infraestructura y servicios públicos

La llegada de la energía eléctrica ha sido un hito en la historia reciente del corregimiento: la instalación del tendido eléctrico, promovida por liderazgos locales en colaboración con autoridades municipales, generó cambios en la vida doméstica y en la posibilidad de actividades nocturnas y de comunicación. No obstante, los registros y estudios sobre afectación de servicios en los corregimientos de Magangué señalan que persisten déficits importantes en infraestructura vial, saneamiento, salud primaria y acceso continuo a educación media, condiciones que afectan la calidad de vida y la capacidad productiva del territorio. Estos vacíos institucionales son parte de un patrón más amplio de centralismo y desigual distribución de servicios en las zonas rurales de Magangué.

Problemáticas y retos contemporáneos

Los principales desafíos que enfrenta Tres Puntas pueden sintetizarse en: (1) limitado acceso a educación media y formación técnica, que empuja a la migración juvenil; (2) reducción de fuentes de empleo agrícola por cambios en la tenencia de la tierra; (3) déficit en servicios de salud primaria y saneamiento; (4) vulnerabilidad ambiental asociada a variaciones hídricas; y (5) déficit de acompañamiento institucional para la reconversión productiva y fortalecimiento de emprendimientos locales. Las fuentes locales y estudios sobre la estructura municipal apuntan que estas problemáticas no son únicas de Tres Puntas, sino que forman parte de una dinámica estructural más amplia del municipio de Magangué.

Entre canoas y caminos

relatos de sabana y
ribera en Magangué

Aprender con el río,
aprender con la sabana

Barranco de Yuca, Piñalito, La
Ventura, Tacasaluma y Tres Puntas

Editorial
CICI

CENTRO DE INVESTIGACIONES
Y CAPACITACIONES INTERDISCIPLINARES

ISBN 978-628-97217-4-4